

UN
DRAMA DE LA VIDA.

NOVELA ORIGINAL

DE

JOSÉ V. ROCHA.



BUENOS AIRES.

IMPRESA DE MAYO, CALLE DEFENSA N. 73.

1857.



CAPITULO I.

El Cementerio.



O lejos del Cementerio del Norte en la calle de Arenales por el año de 185 al que transitase por allí se le hubiera presentado á la vista una casa cuyo aspecto sombrío llamaria ciertamente su atencion. El frente de esta dejaba ver que sus dueños la descuidaban, pues se hallaba algo destruida. Sus paredes estaban tan sucias que habia retazos en que parecia nunca hubiese sido revocada.

Una gran puerta vieja daba entrada à un espacioso patio sombrío y húmedo cuyo suelo se veia cubierto de muzgo: al patio sucedia un ancho zaguan desde donde se distinguia una huerta que acababa de hacer mas triste este recinto.

Solo se veian algunos árboles que despojados de sus hojas unos y arruinados otros finalizaban por contristar el espíritu del que la visitaba.

Dos pequeñas ventanas daban á la calle, en las cuales era fácil notar que hacia algunos años ocupaban ese lugar. Los postigos de una se hallaban abiertos y por ellos podia verse fácilmente un hombre vestido de negro paseándose de un extremo á otro de

la sala. Este hombre era alto, delgado, su pelo blanquecino, su cabeza algo inclinada hacia el pecho; sus ojos en los que se pintaba el abatimiento, su rostro pálido y sumido hacian de él un anciano apesar de no contar mas que cuarenta y seis años.

Sentada en un sofá, en una mano un libro y en la otra apoyando su cabeza se veia una jóven como de unos diez y seis años á lo mas. Su rostro era muy blanco, un leve sonrosado cubria sus mejillas, en sus grandes ojos negros como el azabache adornados de largas y pobladas pestañas y en su penetrante mirada se pintaba claramente la fuerza de su espíritu, su despejada y viva imaginacion.

Esta jóven en tan descuidada actitud, con su bien torneado brazo descubierto hasta la mitad, su hermoso cuello del que pendia una cruz de oro y parte de su seno que permitia ver la descuidada abertura de su vestido, su pelo renegrido y crespo, su pequeña boca, su blanca é igual dentadura, sus labios de coral, su nariz fina y perfecta y su traje de luto que tambien le sentaba, hacian de ella lo que puede llamarse una jóven encantadora.

Ahora entremos.

La sala se encuentra decentemente amueblada. Un sofá, una silla de brazos con cojines elásticos, nueve sillas de paja fina, dos mesas de caoba, una lámpara sobre cada una de ellas y cuatro floreros de porcelana, dos en cada una de las mesas era todo su adorno, notándose ser muebles que tenian algun tiempo de servicio.

De improviso la jóven cierra su libro y esclama dirijiéndose al personage que se paseaba por la sala: 'Tata, vas à salir?

Si, Elvira, son las cinco dadas y tu sabes que es la hora à que diariamente lo hago.

Es cierto, contestó Elvira, tienes por costumbre ir todas las tardes desde la muerte de mi madre, y su rostro se contrajo en aquel momento con una expresion de marcada tristeza. Y hàcia donde te dirijes? dijo sonriéndose. Tengo descos, ó mejor dicho quiero saber que causa es la que hace que me dejes aqui aislada.

Muy facilmente satisfaré tu curiosidad. Voy à visitar à Carmen.

Alli es donde te encaminas siempre?

Si, porque alli cerca de sus restos y en el silencio voy à consagrarle un recuerdo de amor que fué la primavera de mi vida, voy à revivir al lado de su tumba, à impresionar mi corazon, à hablarle de mi cariño y à elevar hasta la region donde mora una plegaria, que son las ilusiones y el afecto de mi alma que se llevò al sepulcro.

Al concluir de pronunciar sus últimas palabras entró en la sala un jòven que quitándose el sombrero y poniéndolo sobre una de las sillas se sentò al lado de la jòven y la dijo: Una sirvienta de la casa de la Sra. de Masal acaba de darme aqui en la puerta, esta carta para ti que te envia tu amiga Mercedes, y sacando un pequeño y perfumado papel de su bolsillo lo puso en manos de Elvira.

Entretanto el padre de estos jòvenes se habia dirigido à las habitaciones interiores y de alli habia salido para la calle.

¿Enrique no ha venido? interrogó Lucio à la jòven.

No, contestò Elvira, y lo siento por que he concluido ya el 3er. tomo de la Amalia que me ha prestado y deseo verle para pedirle la continuacion pues estoy ansiosa de concluir esta obra del Sr. Mármol, sin rival en nuestro pais, y en cuyas brillantes pàginas las generaciones que nos sucedan podran tomar conocimientos verdaderos de las atrocidades cometidas por el bárbaro tiran^o Rosas y sus secuaces.

Y hace muchos dias que no viene Enrique? dijo Lucio con tono de burla y fijando siempre su mirada en la de su hermana.

Cinco dias, contestó esta con una sonrisa que no era facil adivinar fuese de despecho ò ironia, y como para mudar de conversacion sacó de su bolsillo el billete que antes le hubiese dado Lucio, rompió su sobre, recorrio por el la vista y luego con acento de alegria dijo:

Mercedes vendra à acompañarme por dos semanas, tendré à mi lado una amiga tan buena tan alegre. Oh! estoy ciertà que los dias que la tenga aqui van à ser para mi de mucha felicidad.

Lucio à quien aun no hemos descripto demostraba en aquel momento en su rostro el contento, parecia que las palabras de su hermana habian despertado en él una alagüeña esperanza.

Este jòven que apenas contaba 22 años de edad era de baja estutura, ojos pequeños y azules, nariz bastante abierta, boca mas bien grande que chica, pero en la que encerraba una hermosa dentadura; su pelo era lascio y de un color castaño, en la espression de su rostro vagaba siempre un tinte de melancolia que agradaba. En su conjunto era lo que vulgarmente se dice un *regular mozo*. Esto para el que no le trataba ò no le conocia bien; pues el que tuviera ocasion de sondear su corazon reconoceria en sus sentimientos el proceder de una alma noble. Su amable trato, sus creencias y juicios, su caracter bueno y sus razonados pensamientos hacian de él no el hombre bello por sus formas, pero si la belleza mil veces preferible de un hombre de sinceros sentimientos.

Elvira y Lucio eran hijos de la persona que no ha mucho acababa de salir. La madre de estos jòvenes de una de las principales familias de Buenos Aires, hacia once meses que habia muerto.

Dejemos por un momento à esas bellas criaturas en su conversacion y sigamos al padre que al entrar su hijo habia salido

Adolfo Terreno que asi se llamaba caminaba por la calle larga de la Recoleta con su vista fija en la tierra como si su imaginacion fuese preocupada con algun triste recuerdo. Y en efecto, Adolfo, desde la muerte de su esposa habia mudado su caracter de alegre y jocoso que era en escentrico y taciturno. No salia de su casa sino à la tarde, y esto lo hacia para visitar el sepulcro de su amada, para depositar en la fosa que guardaba sus restos algunas làgrimas de dolor en demostracion de la pena que su perdida le causaba, para deshaogar su corazon del sentimiento que lo oprimia, para remontar en aquel solitario paraje hasta la mansion de los justos su pensamiento.

Eran las cinco y media de la tarde.

El silencio que reinaba en los alrededores del cementerio y el aspeto y triste que presentaba su fachada oprimian de dolor el corazon.

La idea que se fijaba en la imaginacion de Adolfo al pensar que la morada que visitaba era el panteon donde desciende la hu-

manidad en conclusion de sus dias, atormentaba su espíritu y se sentia presa de un agudo dolor al considerar cuan miserable y transitoria es nuestra escistencia.

La verja de hierro que da entrada á este lugar estaba entornada. Adolfo abrio una de sus ojas y entró doblando à la izquierda.

Nada interrumpia la silenciosa quietud que allí rainaba. Ningun ser viviente visitaba esta morada,—No parecia que hubiera deudos que fuesen à depositar en la urna de un padre, de una madre, de un hermano, de una hija, de una mujer querida un tributo de adoracion à su memoria. La soledad y el silencio contribuian con su poder à hacer mas triste este resinto de orfandad. Solo se oia el ruido que producía el viento al vaticar las ojas de los àlamos y ciprés, solo se veia uno que otro pajarillo que posándose de rama en rama eran los compañeros de tantas cenizas,

Luego que Adolfo hubo llegado hasta la tumba que visitaba, se quitò el sombrero y arrodillandose dirijió mentalmente una oracional Supremo Hacedor impregnada del mas fervoroso sentimiento.

Aquel hombre en aquella actitud parecia regalar el puro y dulcísimo pensamiento de su alma á su esposa, à la muger única que habia amado su corazon, à la que habia hecho brotar de su alma ese amor tan puro y perfumado como el aroma del jazmin, tan bello y sublime como los rayos del Sol.

No se le veia enjugar sus làgrimas porque sus ojos no lloraban pero su pesar era mas terrible porque su corazon era despedazado por el sentimiento sin serle posible aliviar un tanto su dolor vertiendo algun llanto de sus ojos.

Despues de haber cumplido el deber que Adolfo se habia impuesto de visitar todas las tardes el sepulcro de su amada se retirò á su casa.

Las sombras de la noche comenzaban à estenderse por el cielo, esa semi-oscuridad tan parecida al crepusculo del alba sucedia à la brillante claridad del dia.

Despues de retirar el Sol sus hermosos rayos parece que la naturaleza queda embriagada con el licor delicioso que le ha pro-

porcionado durante el dia. Mas las grandezas con que adornó Dios la creacion son infinitas y si el Sol no nos alumbrá otra cosa debemos contemplar.

El cielo se cubre de innumerables estrellas—Son los guardianes de la noche. ¡Cuanto placer no nos dá la contemplacion de estos luceros que derraman su melancolica y débil luz sobre la tierra! Como se extasia dulcemente el pensamienio contemplando ese sinnumero de luces que lo pueblan. Luego la luna rompiendo el velo puro de las nubes aparece an el cielo inundando con su embriagadora luz el mundo, y entonces una tierna quietud, un vago, un inesplicable placer eleva nuestro pensamiento à las regiones desconocidas de la supremo felicidad. . . .

.....

Adolfo regresaba á su casa pero no llevaba esa mezcla de admiracion y dicha del que contempla la naturaleza, pues todo él estaba embebido en el pesar que desde la muerte de su esposa le embargaba. Para él habia concluido la ventura; hoy solo cruzaban por su imaginacion lúgubres presentimientos, y si algo mitigaba su sufrimiento era el profundo afecto que profesaba á sus hijos, y en particular á Elvira á quien amaba con locura.

Entrò á su casa y se dirijió à las habitaciones interiores, y nosotros iremos à donde nos encontramos al principio de esta obra.

Elvira y Lucio se hallaban con un nuevo pesonage para el lector. Este era un jòven elegantemente vestido, de rostro despejado y blanco, algo pàlido, de negros y rasgados ojos, boca pequeña en la que siempre vagaba una irónica sonrisa, alto y de un lucido cuerpo, llevaba el cabello largo, en su porte y sus maneras se descubria un buen trato como en su vestir su esquisito gusto.

Los dos amigos conversaban de negocios mientras Elvira se ocupaba en hacer un ramo de violetas.

Elvira interrumpiendolos çijo dirijiendose à aquel jòven con una picarezca sonrisa:

Un pensamiento feliz acaba de herir mi mente.

Cual es? preguntó el jòven.

A que no acierta Ud. à decirmelo.

No ciertamente, no me es dado adivinar lo que su imaginacion pueda en este instante haber concebido.

Pues bien oiga Ud. pienso que cuando venga mi querida Mercedes podemos hacer un paseo à aqui se detubo Elvira y el jóven pregunto:

¿A donde?

Quiero no decirselo hasta que no llegue el momento, para lo que desde ahora le invito si es *Vd.* gustoso en acompañarnos.

Acepto con placer su invitacion, y sin embargo de no querer-seme decir el parage donde iremos me entrego gustoso y me dejaré conducir donde quiera, pues estoy en la conviccion de que gozaremos mucho, pues *Vd.* promotora de esto lo habrá conuinado ya muy delicioso y lo será porque nada que no sea hermoso puede *Vd.* idear.

Es *Vd.* muy galante contestò Elvira con una sonrisa maliciosa en la que dejaba veer sus hermosos dientes.

No crea *Vd.* alabo sinceramente su idea y me fundo en que no puede *Vd.* concebir sinó bellezas como las que le adornan.

Tantas gracias Enrique, ingrata seria sinó pagase la diferencia que conmigo usa, y acercándose á él puso en sus manos el ramo de violetas, acompañando sus palabras con una de esas miradas penetrantes que le eran tan peculiares y con las que parecia querer escudriñar lo mas recòndito del alma.

Gracias, Elvira, contestó Enrique. Hermosas flores à par que humildes, si ellas al cortarlas pudieran hacerse comprender cuantas serian sus quejas y lamentos!

Y porqué Enrique? le interrumpió Elvira.

Porqué? Porque quien al perder una mano bienhechora no siente ese vacío del bienestar á que nos hemos acostumbrado? Quien al perder el cuidado de una jardinera tan bella y tan oficiososa no siente; mas, cuando dejan la vida y ni aun en el pequeño tiempo que les queda de existencia, tienen ya esa felicidad—que las acaricie esa mano bienhechora.

Muy justo me parece Enrique ese cuidado de mi parte pues son las flores mis únicas compañeras y las que idealizan mi alma en la soledad. Ellas son bellas y fieles; pueden depositarse allí las

làgrimas como los besos del amor, puede nuestra alma revelarles sus ilusiones en la seguridad de que á nadie confiarán nuestros secretos

Poco mas de un cuarto de hora habria pasado cuando Enrique se despidió de Elvira y salió con Lucio que lo acompañó hasta la puerta.

Como solo conocemos brevemente algunas de sus cualidades físicas nos ocuparemos de él mostrando lo que es en lo moral. Preciso es pues, que le sigamos ahora que al salir de casa de Lucio se encaminaba hacia la calle de Corrientes. Este jóven de edad de veinte y un año era huérfano, solo habia conocido à su padre que hacia dos años que habia dejado de existir dejándolo heredero de una gran fortuna. Entonces contaba Enrique diez y nueve años; à su edad, pronto olvidò la pérdida del que le habia dado la existencia, y à haber tenido libertad para disponer de sus bienes los hubiese derrochado. Su padre que le amaba con el mas acendrado cariño lo dejó al cargo de uno de sus mas íntimos amigos, à quien le encomendó mucho y bajo cuya dependencia estaba la fortuna de Enrique. Vivía este muy satisfecho con su tutor pues obtenia de él cuanto deseaba.

Dotado Enrique de una imaginacion precoz y de un firme caracter era hombre terco y al concebir una cosa jamás ahorra medios con tal de conseguir el objeto que se proponia. Su corazon era malo y un instinto de perversidad guiaba todas sus acciones. Se reía del verdadero amor deese amor puro que solo sienten las almas grandes y sensibles.

Contaba veinte y un año y hasta entonces no se habia desarrollado en su corazon ningun noble sentimiento. Habia adquirido un modo y tenia una naturalidad tan esquisita para disimular bajo una capa de amabilidad y cortesia sus perversas intenciones que al tratarlo solo se reconocia en él un caballero, pero en su pecho encerraba la maldad, esa maldad innata en ciertos seres y destinados à sembrar en la sociedad las lagrimas y el dolor.

Ahora entremos con él en una casa de altos donde tenia dos piezas solas lujosamente amuebladas. Luego que entró se quitò el sombrero, se tiró sobre un elegante confidente, comenzó á

acariciar con una mano su cabello y quedose como absorto en una sola idea.

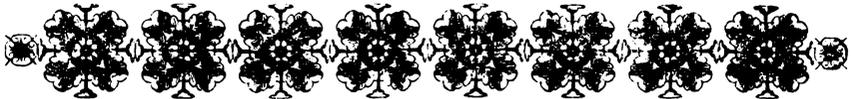
Enrique habia conocido hacia mas de dos meses à Elvira Terreno. Era esta para él, un objeto que constantemente le ocupaba no porque sintiese nada por ella, pero si porque sus malos instintos buscaban una ocacion para desarrollarse. Gustaba de Elvira para seducirla, para deshonorarla.

Ella educada bajo los sanos principios de la religion que su madre le habia inculcado desde la infancia poseia una alma noble. Era buena, amable cariñosa. Lejos del mundo no couocia la maldad de los corazones y juzgaba por ella los sentimientos de los demas.

Desde que conocio à Enrique empezò à despertarse en ella un sentimiento que le era desconocido; su corazon hasta entonces solo habia encerrado cariño para los de su familia, pero ahora, sin que ella lo comprendiese Enrique ocupaba un lugar muy preferente en el suyo. Este hasta ahora no habia dicho à Elvira una sola palabra pero conocia ya el iterés que él le inspiraba.

Las demostraciones de aprecio que continuamente recibia de esta jóven le hacian creer que era llegada la oportunidad de comunicarle los sentimientos que tan lejos estaba de experimentar. Habia dejado trascurrir mas de dos meses, observando à Elvira con detenida atencion y creia ya su triunfo completo. En su meditacion pensaba que era llegada la oportunidad de desarrollar el plan que tenia convinado.





CAPITULO II.

Dicha y dolor.



EN la tarde del 15 de Agosto, cinco dias despues de los acontecimientos que acabamos de referir un brioso corcel en el que cabalgaba un elegante jòven se detenia en casa de Adolfo. Era Enrique à quien sinduda habra ya reconocido el lector.

Elvira que à la sazón se encontraba en la sala, al ruido de las pisadas del caballo, miró por la ventana à la calle, le vio llegar y su rostro se sonrosó, sufrió un estremecimiento, una impresion que no sabia esplicarse conmovió su corazon y se turbó porque era la primera vez despues de dos meses de relacion con Enrique que iba à encontrarse à solas con él, y un temor vago; inesplicable mezclado de embriaguez fué la causa de su turbacion.

Enrique saludó desde la puerta, entró, asio la mano de Elvira y luego que se sentò hablò asi:

—Estraño no encontrar à Vd. deleitándose en las poéticas y conmovedoras páginas de la obra que le he præstado.

—Si al presente no me hallo haciéndolo nadie sino Vd. es el culpable de eso.

—Por qué Elvira?

—Por que no me ha mandado Vd. la continuacion de ella.

—El cargo que Vd. me hace es injusto pues recien ahora sé que ha concluido el 3.er tomo.

—Me olvidé de advertir à Vd. eso la otra noche.

—Confiese entonces que el cargo que acaba de hacerme es injusto.

—Si, le libro à Vd. de esa acusacion tan pesada, dijo fijando sus ojos en Enrique, y dejando asomar à sus encarnados lábios una sonrisa angelical.

—Muy largo ha sido su paseo à caballo?

—De mi casa aquí solamente.

—Triste ha sido él entonces.

—Cree Vd. poderlo asegurar así?

—No, es una suposicion únicamente.

—Pues Vd. se engaña por que mi salida esta tarde tiene por objeto decidir de mi felicidad presente y futura y ser una página de feliz ò amarga recordacion en la carrera de mi vida.

—Impuesta de eso no supongo ya nada.

—Puede Vd. hacerlo sí, vaticinándome mi dicha ó mi desgracia.

—Es una cosa á que no puedo aventurarme desde que no sé en que funda Vd. ese encanto ó desilusion de que habla.

—Ese encanto ó desilusion, es Vd. quien debe darme.

—¡Yo!

—Si Vd. à quien voy á revelar hoy el secreto que guardo en el seno de mi alma y del que depende el porvenir oscuro, incierto, ò el esplendoroso y embriagante que debe matizar de perfumadas flores mi existencia.

—Caballero, extraño su language.

—Si es cierto es la primera vez que me espreso de este modo pero es porque no le es dado ya à mi corazon ocultar por mas tiempo los sentimientos que Vd. ha despertado en él.

—Yo he tenido otras veces oportunidad de hablarla, pero un temor, una idea triste que me martirizaba me ha hecho callar

siempre y he guardado hasta hoy las palabras que pronuncian mis labios. Si Elvira, el temor, la duda, la desconfianza de no ser atendido han destrozado mi corazon antes de tomar esta resolucion.

Yo he vivido veinte y un años sin que mi alma hubiese sido conmovida por ninguna impresion nueva para mí, pero la conocí á Vd. y una sensacion, una embriaguez dulce sublime que hasta entonces habia sido agena à mi corazon hizo estremecer todo mi ser inundàndole de un arrobamiento dulcísimo y acariciador como el sueño primero de una vírjen cuyos labios trémulos de emocion quieren y no se atreven à pronunciar ese nombre tan querido. La ví á Vd. y sentir un placer que me era desconocido, la ví y fué suficiente para que naciese en todo su desarrollo el sentimiento del amor que hasta entonces guardaba muerto en el seno de mi corazon.

Sus primeras miradas conmovieron mi alma y me hicieron sentir una emocion tan dulce como indefinible; desde entonces Elvira, desde ese primer momento feliz de mi vida su imàgen no se ha apartado un solo momento de mi memoria y el recuerdo de sus encantos ha hecho la delicia de mi existencia. Yo le amo desde entonces, le amo si, y el cielo demi vida se concreta todo en Vd. que ha hecho despertar en mi corazon un sentimiento indefinible, puro y sublime como el aliento perfumado de los ángeles, Vd. que ha encendido en mi pecho una hoguera divina que debe cubrirme de felicidad ó quemar y secar mis mas gratas y tiernas afecciones. Le ví una vez Elvira y desde entonces mi pensamiento no se ha apartado un solo instante de Vd., porque su recuerdo ha sido el alimento de mi alma. Ha sido Vd. la primera que ha hecho deleitar mi corazon con tiernísimas emociones, la que ha dado vida en mi alma à una pasion vehemente y pura, la que me ha hecho conocer ese afecto sublime emanacion divina é incomprendible que el Hacedor puso en nuestros corazones para endulzar los dias de nuestra existencia, la que ha remontado mi pensamiento á la felicidad que creia un sueño, la que me ha hecho conocer esa dicha que algunas veces cruzó por mi imaginacion y que juzgaba solo como una débil ilusion que prouto se desvaneceria.

¿Su corazón habrá sentido acaso lo que el mío cuando por primera vez la vi? ¿Su alma se habrá sentido impelida hácia mí como la mía á la suya por un secreto destino por una fuerza superior á su voluntad? ¿Acaso el presentimiento de mi corazón me engañará? ¿Elvira no me amará Vd.?

Esta ruborizada, trémula embriagada oía por primera vez en su vida estas palabras pronunciadas con tanto fuego, con un acento tan dulce. La voz de Enrique penetraba en su pecho y cada frase era una chispa que mas tarde ardería en su seno y se desbordaría como una tormenta. A medida que le escuchaba comprendía que su corazón encerraba por él un afecto muy grande. Sus ojos habían seguido con ansiedad las palabras de este.

—Pero no, continuó Enrique, sus ojos me han demostrado y el corazón me predice que hemos nacido para amarnos, para que su alma y la mía no tengan mas que un solo pensamiento y renidas en una gocen de la felicidad que el destino las depara.

Elvira, una sola palabra suya puede destruir mis esperanzas, ó abrirme un porvenir de oro que será el Eden perpetuo de mi vida.

Era talle confusión de esta, tantas las sensaciones que la conmovían que no acertaba á responder; estaba turbada y no sabía en aquel momento lo que pasaba en su corazón.

Enrique que á medida que hablaba examinaba atentamente el efecto que en ella hacían sus palabras, había conocido que su triunfo era completo; y comprendiendo que la turbación que la embargaba era producida por las emociones que en ella se desarrollaban exclamó:

¿Elvira, tendré que huir de esta casa en que solo he hallado mi infelicidad? Elvira, no me ama Vd?

—Sí Enrique, yo le amo, y sus labios estaban trémulos al pronunciar estas palabras.

Este se levantó, tomó la mano de Elvira é imprimió un beso en esta sin que ella le rechazase

¿Cuan hermosa estaba en aquellos momentos! Sus mejillas encendidas por el rubor, sus ojos velados como por un leve rocío tenían una expresión tan tierna que Enrique contra su voluntad se sentía fascinado. Su amor propio estaba colmado, su ros-

tro radiante y de sus lábios se escapaba una sonrisa de vanidad satisfecha.

—Elvira, no puede Vd. imaginarse cuanto goza mi alma en este momento, cuanta felicidad han derramado en torno mio sus palabras. Oh! este instante encierra para mí los goces primeros y mas preciosos de mi vida; creo estar loco, creo es un sueño, pero no, Vd. me ha dicho que me ama. El contento me trastorna, no sé lo que digo por que es tanto el placer que aspiro que mis ideas se confunden y

Unas pisadas que resonaron en el pàtio sacaron á Elvira del extasis delicioso en que se hallaba y cortaron las palabras de Enrique

Era Adolfo.

Diez minutos á lo mas habrian transcurrido cuando Enrique se retiró dejando en el corazon de Elvira un bienestar y una alegria que hasta entonces no habia conocido.

Como pintar, como poder expresar lo que sentia en su alma? Estaba inquieta. Llegò la noche y se acosté, pero sus ojos no se cerraron por que su pensamiento estaba fijo en Enrique; solo á él veia. Quería dormir, pero el sueño se negaba á cerrar sus hermosos ojos. Era la primera vez en su vida que conocia una felicidad tan pura.

¿Podia dormirse acaso cuando las palabras del ser á quien amaba resonaban aun con tierno y suplicante acento en sus oidos? No, sus párpados no se cerraron. Me ama, se decia, cuan feliz soy! Toda la noche pensó en él, en su felicidad, en los nuevos encantos que tenia la vida para ella desde aquel dia.

Se imaginaba un mundo nuevo, un hechicero paraíso lleno de ternura y delcites para el porvenir, cuando solo debia encontrar en él, sueños disipados, ilusiones marchitas y espinas que heriràn su corazon sembrándole de angustia y amargura
.
.

Cinco semanas habian transcurrido despues de los acontecimientos que acabamos de referir. En este tiempo ninguna causa alterò la tranquilidad de la familia de Terreno.

Enrique habia visitado frecuentemente á Elvira y la pasion que esta habia concebido se hallaba arraigada en su corazon. Amaba con la fuerza de un corazon ardiente y una viva imaginacion, con la fuerza del primer amor, con frenesí. Creia ser correspondida y aspiraba la felicidad mas grande que apetecia.

Pero ya era tiempo sin duda de que sus goces concluyesen.

Adolfo que desde la muerte de su esposa vivia solo alentado por el cariño que profesaba á sus hijos y muy particularmente á Elvira, acababa de caer enfermo de un ataque pulmonar del que los médicos no daban esperanza alguna. Habian ordenado estos recibiese el padre de Lúcio los Sacramentos, y esa noche la casa era toda confusion y tristeza, llanto y amargura.

Se veia una jóven hermosa en la edad feliz de la vida, poseida del mas amargo dolor; á Elvira que iba á perder á su padre, al ser que mas le amaba sobre la tierra. Iba á quedar huérfana sin que ninguna persona que como los autores de sus dias pudiera interesarse en su dicha y servirle de guia en el torbellino del mundo.

Se hallaba presa de la mas terrible desesperacion y sin embargo una idea halagüeña cruzaba por su imaginacion y derramaba en su aflijido pecho la esperanza. “Amo y soy amada, se decia: él reemplazará á mi padre y hará feliz la existencia de una muger que solo vive para él y le adora con el cariño tiernísimo y vehemente de su alma.

Infeliz Elvira, se acordaba de Enrique para mitigar su dolor, recurria á su amor como á una esperanza realizada cuando él solo debia despedazar esos sueños venturosos de felicidad que bullen en la mente y hacen palpitar al corazon virgen en su primer amor

Esa noche despues de recibir Adolfo los Sacramentos llamó á sus hijos y les habló asi:

—Hace mas de un año que el Supremo Hacedor me arrebatò á mi esposa, á la tierna y amorosa compañera de mi vida; desde entonces ya no he vivido y apesar de haber luchado el cariño que os tengo con el sentimiento que dejò en mi corazon la pérdida de la muger adorada que endulzaba las horas de mi existencia, mi dolor ha sido superior á mis fuerzas y hé aquí el resultado.

Mi hora ha llegado! Dios por uno de sus inescrutables designios me llama: voy à desaparecer de este mundo en el que solo un vínculo sagrado me hacia apreciable la vida:

El amor á vosotros.

Elvira dotada de una alma en la que se abrigaba tanta ternura y una sensibilidad exquisita, no pudo reprimir su dolor y prorumpió en llanto.

—Ven, Elvira, dijo, siéntate à mi lado y enjuga esas lágrimas. Esta se sentó á la cabecera de la cama de su padre y Lúcio permaneció enfrente pàlido y sumido en un profundo abatimiento.

—Ya lo veis, hijos míos, las fuerzas me faltan, mis miembros no conservan ya la menor fuerza de vigor, pero consolaos que aunque es cierto que vais à perder á un padre que os adora, por que debeis saber y comprender que este lugar nadie puede reemplazarlo; sin embargo, sois muy jóvenes, aun podeis vivir mucho y ser felices. Lúcio te encargo y confío à tu hermana, à este ángel tan débil como puro para que cùmplas con tu deber y con la última resolución del que tedió el ser pronto à espirar, cuidando de ella y haciendo mis veces.

—Padre mio! contestó Lúcio, yo juro por la sagrada memoria de mi idolatrada madre velar por Elvira y hacer cuanto me sea posible en bien de su felicidad.

Despues de esto Adolfo hizo una senal á sus hijos para que se acercasen y con voz débil y desfallecida por el dolor pronunció estas palabras:

—Queridos hijos, recibid la bendición de un padre que hará siempre votos por que la Divina Providencia estienda su benigna y poderosa mano hasta vosotros derramando en la carrera de vuestra vida la felicidad y el consuelo: luego atrajo con una mano contra su pecho á Elvira, la detuvo un momento en él, sus mustios y càrdenos lábios los imprimió en la frente de su hija, que iba tal vez à desmayarse tal era la emoción de dolor que sentia, si él en ese instante no la hubiese alejado de sí exalando un angustioso suspiro de lo íntimo de su corazón. Abrazó à Lúcio tambien, pronunció al oido de él algunas palabras y pidió en seguida un crucifijo que habia sobre el altar. ordenó se retirasen y abrazan-

dose del Salvador del Mundo empezó à orar
.

Al cuarto de hora despues un sacerdote se encontraba à la cabecera del lecho de Adolfo ayudándole à bien morir y rezando las oraciones de costumbre en estos casos
.

Al dia siguiente à las tres y media de la tarde el carro fúnebre, seguido de algunos coches mas, en los que iban los amigos del finado Adolfo conducia los restos de este al Cementerio del Norte donde fueron depositados inmediato à la sepultura de su esposa segun dejó ordenado lo hiciesen despues de su muerte.





CAPITULO III

La tormenta.



OS meses han corrido despues de la muerte de Adolfo. Volvamos à casa de sus hijos. En el trascurso de este tiempo la casa permaneciò cerrada, las ventanas de la sala que daban à la calle no se abrieron.

Enrique era el único que desde el fallecimiento de Adolfo entraba diariamente en ella.

Eran las seis y media de la tarde cuando sentados en el pàtio se encuentran los huérfanos en compa±ia de Enrique.

Lúcio està abatido y meditabundo, de rato en rato dirige sus ojos al cielo como interrogàndole y luego los fija en el suelo con una espresion de tristeza que inspira compasion y deja ver la amargura del pesar que le acosa.

Su bella alma se halla lacerada pues conserva muy reciente la pérdida de su padre.

Elvira està vestida sencillamente pero con una sencillez tan esquisita que hace admirar los encantos que la adornan. Se le vé un tanto abatida pero en su semblante pintada la resignacion.

Sus ojos tienen un no sé que tan tierno, tan bello, hay en ellos la espresion melancólica de un sentimiento dulcísimo y puro, tan interesante está así que es imposible dejar de admirarla y sentir interés por ella.

¡Que contraste! Elvira y Lúcio modelos de virtud y Enrique alma depravada, corrupcion y maldad.

¿Por qué es que esta criatura tan bella ha dado sus vírgenes ilusiones, el afecto purísimo de su corazón á un hombre que no merecían una mirada suya? Por qué siendo ella tan pura amaba á un ser que la haría padecer tormentos y angustias que no merecía? ¿Era su destino padecer sin haber dado causa para ello?

Elvira amaba tanto á Enrique que hasta la muerte de su padre le fué menos sensible. El era su mundo, su felicidad, habia cifrado en él su porvenir y gozaba de una dicha tan pura como su amor.

El afecto que profesaba á Enrique se habia desarrollado y hoy era una de esas pasiones fuertes que sienten las almas grandes y elevadas y que nada puede curarlas cuando han sido alimentadas hasta el último extremo

Lúcio se levantó y entró en el interior de la casa.

El sol se habia ocultado ya y la noche comenzaba á estender su manto oscuro sobre la tierra. La brisa que se respiraba era leve y perfumada.

—¡Que noche tan hermosa, que dulce compañera es la luna, dijo Elvira levantando sus ojos al cielo.

Enrique que se hallaba á su lado tomó una de las manos de Elvira y la llevó á sus labios. Es verdad, dijo, que este Cielo azul poblado de estrellas que exala una luz tenue y melancólica y esa Luna que arroja una claridad dulcísima y embriagante son hermosas; que este aire que se respira leve y puro como el aliento de un niño es un don precioso emanado de Dios, que todas las bellezas con que adornó el Ser Supremo la Creacion son infinitas é incomparables; pero para mí no hay obra como la tuya Elvira, porque sin tí, ángel adorado de mi alma, todo lo demás está desnudo de gracias y sin encanto. Tú eres mi sol, mi estrella y mi Cielo. Oh! te amo tanto, Elvira!

—Y tú me amas mucho también, no es verdad? Conoces que tu existencia está unida à la mia, que sin mí no podrias vivir, por que como yo vives tú de mi afecto?

—Sí, Enrique, conozco que sin tí no puedo ser feliz por que te amo mucho y tu cariño es para mí la existencia; por que eres el ídolo de mi corazón, el ser à quien el destino ha vinculado mi vida, por que eres mi pensamiento y mi alma; te adoro, te adoro Enrique mas que à nadie en el mundo; como jamas he amado, tú eres mi esperanza, mi sueño y mi felicidad.

Elvira quedò por un momento suspensa con la vista fija en Enrique y luego continuó así:

—Mas no sé porque es que apesar de amarte mucho y tener la certeza de ser correspondida siento algunas veces oprimido mi corazón y cruzan por mi mente lùgubres presentimientos. ¿Serà acaso un aviso que me haga conocer que la felicidad de que gozo deberá extinguirse muy pronto para mí; ó es que mi alma àvida de nuevas emociones se satisfaga creándose desgracias imaginarias? Por que es que cuando estoy à tu lado cuando mas alegre y cubierta por el venturoso manto de la dicha me encuentro, siento un no sé que, un mal estar que cambia la alegría de mi corazón en un martirio? ¿Serà acaso un presentimiento cierto el que me anuncia la imposibilidad de goces para mí? Será mi destino que cuando aspire una radiante felicidad no podrá nunca dilatarse mi alma sin que en medio de ella una idea triste atormente mi espíritu? No lo sé, Enrique, en vano intento averiguar la causa de mis angustias pues los esfuerzos que hago no hacen sino sumirme en un mar de incertidumbres. Oh! lo único que sé es que te amo y que mi pensamiento se extasia dulcemente con el recuerdo de este amor que aunque mezclado de un dolor que no comprendo hace la ventura tiernísima y embriagadora de mi vida.

—Y yo, Elvira, sé únicamente que te adoro y que el destino tepuso á tí como una flor que con su aroma haria estremecer mi corazón à impulsos de un cariño verdadero; sé solamente que te amo, que tú alimentas mi vida y la embelleces sembrando en ella el perfume dulce y acariciador de tus ilusiones que conmueve mi ser llenàndele de un encanto inefable y purísimo.

—Pero mira, Enrique, la luna se ha ocultado; y en efecto grandes nubarrones comenzaban á oscurecer el claro horizonte del Cielo y las estrellas no reflejaban ya su pura luz. Un fuerte viento comenzó á soplar precursor de la tormenta que debia tener lugar y á la claridad de la noche reemplazò una profunda obscuridad iluminada en breves instantes por continuos relámpagos. Entonces se levantaron y entraron á la sala.

Los truenos resonaban con estrépito; se sentian ya próximos que parecia iban á estallar sobre sus cabezas, ya mas lejanos y otras veces débil su rumor.

Elvira á cada uno de ellos se estremecia, se hallaba asustada y poseida de un terror que no le era dado reprimir y que sin embargo no podia comprender.

—No sé, por que, dijo, pero esta noche estoy sobresaltada, y conozco por la angustia de mi corazon que algo fatal va á suceder.

—Desecha, Elvira mia, esa triste idea de tu imaginacion. ¿Por qué recelas mi bien, no estoy yo aquí?

—Sí, y á no ser tu presencia no sé que seria de mí, pero esta tormenta! ¿Podrias acaso impedir si la ira de Dios descende sobre nosotros, que un rayo ó centella cortase tu vida ò la mia?

Un brillante relámpago encegueciò por un momento á los dos amantes.

—Lo vés, Enrique, no oyes los truenos? y al hablar asi Elvira uno más fuerte que los anteriores resonó estrepitosamente en el espacio siguiéndose á él una copiosa lluvia. El viento entre tanto hacia oír por ventanas y puertas sus quejidos.

Repentinamente la esplosion de un rayo se dejó sentir con tanta fuerza y violencia, con estrépito tan grande que hizo temblar toda la casa. Las puertas y ventanas sufrieron un fuerte sacudimiento é hicieron pedazos muchos vidrios.

Elvira sufrió un violento estremecimiento, exhaló un ay de su pecho y cayò desmayada sobre el sofà donde estaba sentada.

Enrique estaba aturdido ó mejor dicho se convirtiò en estàtua por algunos momentos pues no veia ni sentia.

Despues de un breve instante y cuando se hubo recobrado de la impresion y trastorno que le habia causado el aterrador sonido del rayo, se levantò y abrió la puerta y ventanas de la sala á fin de

que el aire disipase un poco el olor à azufre que se sentia. Y corriò en busca de algun espiritu para volver à Elvira de su desmayo.

Cual no seria su asombro cuando al llegar al dormitorio de Lúcio encontró à este tendido en el suelo y bañado el rostro en sangre.

El rayo habia penetrado por el lado izquierdo de la pieza donde habia un escritorio en el que Lúcio estaba escribiendo antes de este desgraciado suceso; al caer habíale herido un adove del techo en la cabeza cayendo entonces exánime y sin sentido sobre el suelo.

Al momento Enrique llamó á los criados y con su ayuda levantaron à Lúcio y le transportaron al lecho de Elvira pues su cuarto estaba todo en un completo desòrden. La casa toda se hallaba en confusion, los sirvientes asustados y poseidos de terror. Enrique enviò á uno de ellos en busca de un facultativo. Sacò un frasco de esencia de un armario y corriò á la sala con la confianza de volver à la vida à Elvira que permanecia muerta sobre el sofà, mientras que Carlota, la sirvienta de ésta, lavaba el rostro de Lúcio y aplicaba yesca en la herida para contener la sangre que vertia en abundancia.

Enrique tuvo aplicado el pomito de esencia en las narices de su victima como medio minuto sin que ésta diese indicio alguno de vida.

—Elvira! adorada Elvira, exclamò Enrique viendo que permanecia impasible.

Ella despues de un breve momento dejó escapar de supecho un suspiro, movió la cabeza y respiró, luego abrió los ojos fijó su mirada en la del que creia su amante, pronunciò su nombre con ternura y sus párpados volvieron á cerrarse. Tomò Enrique un abanico que habia sobre la mesa y empezó á echar aire en el rostro de la desmayada que poco despues abrió nuevamente los ojos, se pasó la mano por su pàlida frente y sus primeras palabaas fueron la interrogacion de si habia permanecido mucho tiempo así. ¡Oh! pero que esplosion, es imposible que no haya caido aquí ese rayo, su fuerza se ha sentido muy cerca. Estoy descompuesta y mariada; todo se mueve ante mi vista, siento la cabeza, me

encuentro sin fuerzas y abatida cual si hubiera sufrido un mes lo menos de una penosa enfermedad.

—¿Y Lucio? preguntò despues de un instante y cuando mas repuesta ya hubo notado su ausencia. ¿Donde està, qué es de él, Enrique, le ha sucedido algo?

—No, nada, tranquilízate.

—Es imposible, exclamò haciendo un esfuerzo y sentándose en el sofà donde estaba medio acostada, no, tú me engañas, si alguna desgracia no se lo impidiese estaria ahora á mi lado. Algo ha sucedido, yo he oido como en sueño pasos precipitados de una pieza à otra y algunas exclamaciones de asombro producidas por algun grave accidente,

El silencio de Enrique cuando ella dijo ser imposible que el rayo no hubiese caido allí, le sugiriò una idea bien triste pues se imaginò á su hermano víctima de él y entonces con gran ansiedad dijo:

—Dime que es de Lucio por que esta incertidumbre me martiriza mas que la certeza de una desgracia, responde, Enrique mio, dime la verdad.

—No tienes por que entregarte á la desesperacion, pues felizmente la Providencia le ha salvado. El daño que ha recibido es una leve herida en la cabeza que no puede traer ningun mal resultado.

—¡Oh! gracias, Dios mio! Acompañame que quiero ir à verle. Elvira se levantó y quiso andar, pero las fuerzas le faltaron y tuvo que sentarse nuevamente

En el mismo instante regresaba el criado y en pos de él el Doctor. Entrò donde estaba el enfermo, examinò la herida y dijo no recelasen pues á mas tardar en dos ó tres dias estaria ya sano.

Lúcio habia vuelto de su desmayo antes que su hermana, el agua con que se le roció el rostro para lavarle la sangre fué suficiente para volverle el sentido.

Cuando el médico se retiró eran las nueve de la noche y el agua que caía era una garua menudita. El cielo estaba mas despejado, el viento habia calmado respirándose una halagueña y leve brisa, algunas estrellas aparecian ya en el Cielo. Breve tiempo

despues no llovia, la tormenta habia concluido, la oscuridad habia cesado y la luna habia vuelto à aparecer é iluminaba, el pocos momentos antes encapotado y oscuro horizonte.

—Te encuentras mas aliviada, Elvira? preguntò Enrique.

—Me he mejorado de la cabeza, solo me siento si muy débil.

A estas cortas palabras se siguió una pausa de algunos minutos en los cuales ninguno de los dos articulò una sola frase.

La mirada tierna y penetrante de la jòven estaba fija en Enrique.

—Elvira, exclamò éste, no puedes imaginarte cuan tranquila y llena de felicidad se encuentra mi existencia; te amo, y esto me hace experimentar sensaciones dulcísimas como el mirar de tus ojos, pero imposibles de esplicar. Mil pensamientos halagüenos se agolpan à mi imaginacion y me hacen entreveer un paraíso encantado para el porvenir. Nunca creí que el corazon fuese susceptible de encerrar tan puras y tiernas sensaciones, pero te amo mucho, Elvira, y ahora comprendo cuan niño era en no creer existiera un amor santo que embarga nuestro pensamiento con el recuerdo de la muger que amamos; sí, ahora recién (te lo confieso) es que conozco toda la grandeza y felicidad de que se goza cuando se ha ligado à otro nuestro ser por una cadena invisible.

—El que no ama, Enrique, no, comprende no esa ventura inefable, esas afecciones castas y tiernas de nuestra alma. Es preciso amar verdaderamente para comprender la grandeza con que brindò Dios à sus criaturas, es preciso amar pero con ese amor purísimo y esclusivo que solo se siente una vez en la vida para poder apreciar la sublimidad de este sentimiento; es preciso amar, pero amar como te amo yo à ti para conocer la fuerza del afecto que guardamos en el seno de nuestro corazon, para gozar de ese perfume languido y embriagador que adormece nuestros sentidos con el delirio de nuestra imaginacion

—¿Qué secreto goce, que poder que no sé que es el que hay en tus ojos, Elvira, que hacen conmovér mi ser todo y me llena de una dicha embriagadora y tan indecible como pura?

—Que quieres que tenga sino el afecto que te profeso, este

cariño que siento por tí, que se pinta en mis ojos y que te demuestra en ellos las emociones de mi alma.

—Hay tanta ternura en tus ojos, es tan dulcísima y sublime la expresión de tu mirada que yo quisiera poder estar á tu lado todos los instantes de mi vida, para merecer de tí esa felicidad que me estas, esa suave y mística armonía que inunda mi alma y que tanto sublimiza mi pensamiento.

Elvira enmudeció, se hallaba trémula y confundida de placer porque un torrente de emociones conmovían su alma apasionada y tierna. Sus ideas iban confundándose, temía, era preciso salir de ese estado, así fué que levantándose del asiento que ocupaba exclamó:

—Me encuentro con suficientes fuerzas ya, vamos á ver á Lucio.

—Vamos, contestó Enrique, y ambos se encaminaron á la habitación del herido.

Lucio dormitaba en el momento que su hermana y su amigo entraban á su cuarto. Al ruido de sus pasos abrió los ojos y al reconocerlos se incorporó en el lecho.

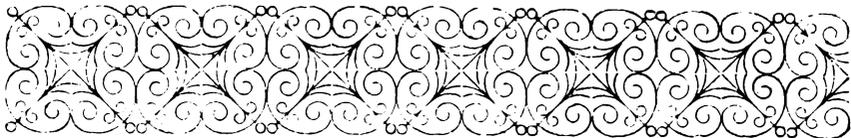
—¿Cómo te sientes, hermano?

—Muy aliviado; felizmente es cosa muy leve y espero pronto estar bueno.

Elvira se sentó al lado de la cama é invitó á Enrique para que la imitase, pero este llevando una de sus manos al bolsillo del chaleco, sacó de él un pequeño y elegante reloj de oro, y fijando en él sus ojos exclamó:

—Son las nueve y media, me retiro. Se despidió pues de Elvira y Lucio alejándose de aquella casa, en la que su maldad debía más tarde sembrar la amargura y la desesperación.





CAPITULO IV.

Las dos amigas.---Lúcio y Enrique.



TIEMPO es ya, que algo mas interesante digamos del hermano de Elvira.

Lúcio que como à su hermana una fatalidad, ò como quiera llamarse, lo perseguía, amaba tambien, y amaba sin ser correspondido y ni aun siquiera atendido su amor. Mercedes, de quien hemos hecho mencion al principio de nuestra novela, pero à quien no hemos presentado aun à nuestros lectores, era la muger que poscia el afecto de Lúcio.

Varias veces este le habia hecho conocer el estado de su corazon, el sincero cariño que su alma abrigaba por ella, pero habiase mostrado Mercedes siempre insensible y como disgustada cuando Lúcio le hacia nuevas protestas de su amor. Ella evadia tal conversacion toda vez que el hijo de Terreno trataba de demostrarle su cariño, y à sus continuas exigencias le daba solo una muy leve esperanza dictada por compasion como si conociese el mal que le produciria una redonda negativa.

Mercedes era hermosa y algo coqueta, era hija única y sus padres poseedores de una gran fortuna. No dejaba de ser festejada, y nada extraño sería que antes que Lúcio la conociese hubiese dado à otro su corazón.

Ahora pues contemplemos la actualidad, el estado triste y las desgracias que amenazan à los dos hermanos y no podremos prescindir de sentir por ellos compasión, al mismo tiempo que odio por el que con tanta hipocresía y maldad venia á robar la tranquilidad à dos seres dignos de una suerte mas halagüena que la triste y dolorosa que con su perversidad les preparaba.

Elvira con padecimientos por la pérdida de su padre y el reciente acontecimiento de su hermano; pero padecimientos que hasta ahora puede decirse solo habian sido momentáneos y menos dolorosos de lo que debieran pues una mirada, una palabra de su Enrique apagaba la tristeza de su corazón y encendia en su alma el goce puro y tierno del amor. Su presencia alejaba de su imaginacion toda idea que no fuese él, todo recuerdo que no fuese su bello porvenir, ese porvenir dulcísimo que divisaba y que segun ella debia cubrir de encantos los dias de su vida.

Elvira amaba à Enrique con esa pureza del primer amor que cuando es verdadero hace la felicidad futura de nuestra existencia.

Oh! cuan bello es el primer cariño correspondido, que dulcemente corre entonces nuestra vida, que tiernas son esas primeras sensaciones cuando recién comienzan à nacer en nuestra alma, cuan ideales son entonces nuestros pensamientos, que hermosa es la naturaleza, que risueño cuanto nos rodea. Como corremos de una en otra impresion, bañados de un sentimiento melancólico, pero suave y puro que se posesiona de nuestro ser todo, y nos envuelve con el manto de una felicidad tierna y acariciadora. Hay entonces algo vago, pero sublime, que no se hace por comprender, pero que nos guía por un sendero perfumado en el que à medida que avanzamos nos embriagamos mas y mas en el perfume lánguido de ese primer sentimiento que brota de nuestro corazón tan puro como el aroma de la flor que abre su corola. Mas ay!—cuando estas emociones han sido despedazadas y cual la hoja del árbol que arrastra y pulveriza el viento en su

furioso torbellino, solo han sido el juguete de una mujer, cuando el corazon ha sido lacerado, cuando el dolor ha torturado nuestra alma, cuando la felicidad que hemos concebido en sueños de amor se ha desvanecido, cuando solo el dolor nos rodea, cuando uno que otro recuerdo feliz del pasado no hace sino martirizarnos, cuando despues de algun tiempo de atroces sufrimientos en que hemos apurado la copa del desengaño y bebido tan solo amarguras que han rodeado de hiel nuestra existencia, cuando nos hallamos postrados porque el martirio nos ha envuelto entre los pliegues de su manto, porque el veneno del desamor ha roído nuestro corazon y cubierto con un oscuro velo de tristeza nuestra alma. Ay! entonces mas valiera no existir

Pero continuemos; Lúcio por el contrario sin ilusion ninguna, ageno de una mentida felicidad como la que se imaginaba poseer Elvira, se encontraba apesadumbrado y abatido y sin descubrir por ahora un venidero mas feliz que su presente. Amar y no ser amado, no haber conocido la ventura mas grata que existe sobre la tierra—el amor—porque desde el primer dia que sintió nacer en su alma una pasion, tan solo habia probado la amargura, todo ello eran horribles sufrimientos que en silencio destrozaban su corazon y hacian ingrata y sin encanto su vida

A las cuarenta y ocho horas, antes del tiempo que el doctor creyò necesario para la curacion de Lúcio, este se encontraba ya cuasi sano aunque sin embargo vendada aun su herida.

Los dos hermanos se hallaban en la sala.

Elvira estaba algo mas pensativa que de costumbre como si una idea sola la ocupara y la atormentara.

Tal vez no es estraña su meditacion si observamos que Enrique no estaba alli y que hacia dos dias no venia apesar de la enfermedad de Lúcio. ¿Le habria ocurrido algo, se hallaria enfermo y esto le imposibilitaba el venir?

No, porque uno de los criados le habia encontrado en la calle, y se sabia por él estaba completamente bueno; Elvira lo sabia tambien y estaba triste y preocupada, pues no encontraba una razon plausible que pudiera orijinar en Enrique semejante conducta.

Mil ideas se agolpaban à la mente de la jóven sin que encon-

trara en ninguna de ellas la solución del problema que tan disgustada y pensativa le tenía.

No se había escapado à la penetración de Lúcio el disgusto de su hermana y la tristeza que ella no había sabido disimular; comprendía también que no podía ser otra la causa de su melancolía, sino la ausencia de Enrique por dos días de su casa.

—Tú te hallas descontenta Elvira,—dijo Lúcio,—¿qué es lo que produce en tí ese mal estar que demuestras?

—Hay ocasiones, hermano, en que todo nos fastidia, en que se està mal sin que conozcamos la causa.

—Tu disgusto es sobrado conocido, Elvira, y esto es necesario que alguna causa grave y conocida lo ocasione.

—No temas, sino es nada.

—¿Por qué me ocultas el origen de tu sentimiento; temes comunicármelo, que, no puedo yo consolarte del dolor que tu sientas? ¿No tienes confianza suficiente en mí?

—Sí, Lúcio, te lo diré, mi dolor es ocasionado por la ausencia de Enrique. Dos días ha que no le veo.

—¿Luego, tú le amas?

Elvira se ruborizó y bajó la vista, después de un momento exclamó:

—Le amo sí con un cariño verdadero, con idolatría.

—Deseo ardientemente tu felicidad, Elvira, y no desapruébo tu amor. Ojalá que el hombre à quien has dado las primeras ilusiones de tu alma sepa comprenderlas y uniéndose à ti haga dichosa y dulce tu existencia.

¿Mucho tiempo hace que Enrique te ha hecho la confesión de su amor!

—Vivia aun nuestro padre.

—Es extraño, reflexionò entre sí Lúcio, ha pasado algun tiempo y él nada me ha dicho, ni una sola palabra acerca de esto.

Si la engañase, pensó y quedó suspenso por algunos momentos en esta reflexión.

—Son las cinco, quieres que nos pongamos en camino? preguntò Lúcio à su hermana.

—Estoy pronta.

—Bien, vamos.

—Esta vá á ser una verdadera sorpresa para Mercedes que no nos esperará, hace tanto tiempo que no nos vemos exclamò Elvira cubriendo sus hombros con un rico pañuelo de espumilla negro. Pobre Mercedes que aun no le ha sido posible cumplir la promesa que me hizo de venir á pasar dos semanas en mi compañía.

Diciendo esto los dos hermanos salieron á la calle y se encaminaron á la casa de Mercedes Masal.

Nuestros personajes habian llegado ya á la vieja plaza Nueva y hoy mercado del Plata. Caminaron dos cuadras y media en direccion á Barracas y se detuvieron á la puerta de una casa que era la del Sr. Masal. Lúcio diò un golpe en el llamador y entró con su hermaea al zaguan.

Muy en breve apareció una criada que condujo hasta la sala á nuestros jóvenes. Era esta espaciosa y se hallaba amueblada con elegante desencia. Habia dos hermosísimos espejos, un elegante sofá de raso color caña y sillas de lo mismo. Frente al sofá estaban colocadas dos mesas de caoba y piedra mármol, varios preciosos cuadros adornaban las paredes empapeladas con gusto. El piso estaba cubierto por una alfombra de tripe.

Elvira y Lúcio acababan de sentarse cuando entró en la sala Mercedes en un traje casero pues no quiso retardar el gusto de ver á su amiga empleando algun tiempo en arreglarse.

Al verse sus palabrrs fueron estas:

—Querida Elvira! Mercedes, dijo la otra y ambas se abrazaron y besaron. Luego estrechò Mercedes la mano de Lúcio é invitolés á tomar asiento, lo que todos efectuaron.

—Cuanto tiempo sin veernos, dijo Elvira.

—Que quieres, tú y yo hemos tenido obstáculos invencibles.

—Su padre de Vd. se encuentra mejorado, preguntó Lúcio dirigiéndose á Mercedes.

—El hace ya una semana que se levanta, pero aun no ha salido á la calle.

—Su mamá buena?

—Si, Lúcio, mil gracias.

Una persona mas apareció entonces y saludò à los dos hermanos.

Era Eugenia, madre de Mercedes, que representaba de veinte y ocho à treinta años sin embargo de tener treinta y cuatro.

Era esta una muger de elegante estatura y cuerpo perfectamente repartido. No era gruesa ni delgada. Su cùtis era blanquísimo y en su rostro aparecia un tinte sonrosado como el de una vírgen

Tenia unos hermosos ojos negros adornados de largas y sedosas pestañas. Su mirada era tierna, dulce, y cuando fijamente clavaba su vista en alguien llevaban sus ojos una languidez simpática y seductora. Su boca un tesoro que al abrirse dejaba ver dos hileras de perlas tan estremadamente blancas era su dentadura, su garganta un modelo de hermosura, su cabeza de un tamaño proporcionado, su pelo rúbio y levemente ondeado.

Mercedes no era tan hermosa como Eugenia, pero tenia solo diez y ocho años; lo suficiente para que inspirase mas por su juventud que por su hermosura. No por esto se crea que Mercedes era fea, no, solo si no podia competir en belleza con su madre, con quien la naturaleza se habia mostrado tan pródiga.

No cabe duda que Eugenia en la edad de la vida, es decir à la edad que hoy contaba su hija, debia haber sido una jóven deslumbrante por su hermosura é impresionable por su inocencia, debia haber esparcido en torno suyo sublimidad y encanto, amor y ventura.

Mercedes era de una estatura mas bien alta que baja, delgada y de gracioso cuerpo. Su rostro de un color trigueño y pálido, era simpático y agraciado; su boca pequeña, sus lábios algo gruesos y encarnadísimos. Sus maneras dejaban conocer un coquetismo sencillo que contribuía à hacerla mas bella à los ojos de cualesquiera. Sus ojos pequeños y azules, en los que se admiraban unas pestañas renegridas y estremadamente largas, no eran de esos que cuando miran cautivan, pero brillaba en ellos la fuerza de la juventud y una espresion de bondad halagadora,

Lúcio y Eugenia entablaron conversacion sobre la larga enfermedad del esposo de esta, mientras que las dos amigas tenian el siguiente diálogo.

—Cuanto no tendrás que contarme? decia Mercedes à Elvira, pues en el tiempo que hace no nos vemos deben haberte sucedido muchas cosas.

—Innumerables desgracias es verdad.

—No me refiero à los sinsabores de la vida, dejemos esa amarga copa, Elvira, que sin necesidad de buscarla la sentimos muchas ocasiones humedecer nuestros lãbios con gotas que derriban la hiel en nuestras almas.

—¿Te visita siempre Enrique?

—Sì.

—Tu cariño debe ser entonces una cosa sèria, dijo Mercedes sonriendo.

—Yo le amo.

—Sabes, Elvira, que muchas veces me apesadumbro al pensar que no he encontrado un ser à quien dar mi corazon, dijo dando una espresion de sèria tristeza à su rostro. Quiero amar, por que debo decírtelo, hasta ahora mi alma està vírjen para este sentimiento, solo he sentido ilusiones pasageras, no he encontrado aun un hombre que haga latir mi corazon de amor. Oh! y cuanta felicidad deben gozar dos seres que se amen. Cuando pienso en esto, Elvira, deseo amar, deseo conocer ese bien, esa dicha, esos goces puros à que se puede aspirar aquí en la tierra.

Pero ay! si amamos y nuestro amor no haya eco en el corazon del hombre en quien ciframos nuestra ventura, y si creemos ser correspondidas cuando solo se nos finge por satisfacer un capricho. Oh! entonces debe ser muy amargo nuestro desengaño.

—Mas que importa! dijo despues de una pausa y en un arranque diremos de abnegacion, al fin se puede decir he vivido, pues se ha conocido la felicidad dulcisima de amar y ser amada.

—Tù que amas, Elvira, píntame las sensaciones que experimentas, debe ser muy bello ¿no es verdad? debe guardar un tesoro de inefables delicias nuestro corazon cuando empieza à querer; esplicame pues ese primer sentimiento.

—Eso es imposible, Mercedes, se siente pero no hay como pintarlo, el language humano es insuficiente para esplicar esas impresiones, esos éstasis y delirios del alma enamorada.

Despues de conocer hacia un mes à Enrique, continuó Elvi-

ra, le amaba pero aun no sabia esplicarme el sentimiento que me inspiraba, aun no comprendia ese poder, esa fuerza misteriosa que ligaba mi vida à la suya, aun me era desconocido el afecto que guardaba por él en mi corazon, no sabia explicàrnelo, no imaginaba que lo que sentia fuese amor. Cuando me encontraba lèjos de él, es decir cuando mis ojos no le veian aborrecia tener en mi compa \tilde{n} ia persona alguna, pues la soledad era el aliciente que mas me agradaba por que en ella podria consagrarle mis primeros y puros pensamientos y dar expansion à las afecciones de mi alma. Deseaba estar sola sin que nadie turbase la taciturnidad que se habia apoderado de mi y que no era otra cosa que el sentimiento del primer amor que comenzaba à germinar en mi alma.

Sentia un placer, un deseo, un estàsis en mi esp \tilde{r} itu que me halagaba, que me llenaba de felicidad. Tenia un solo pensamiento, él, pero un pensamiento puro, sublime en que jamas hubo càlculo, vanidad ó amor propio, era el primer cari $\tilde{ñ}$ o, las primeras sensaciones del corazon. Estas impresiones, esta nueva vida que sentia arrobada correr por todo mi ser despertaron en mi la adoracion à la naturaleza. Por la noche cuando la luna esparcia su poética y débil luz sobre la tierra, cuando millares de luceros esmaltaban el claro azul del cielo y reflejaban sus luces en la inmensidad del espacio, cuando la naturaleza callada dormia embriagada y envuelta en el manto de sus bellezas, cuando en una noche apasible y bella solo percibian los oidos el leve rumor de una perfumada brisa, cuando la naturaleza toda hacia ostentacion de sus encantos, entonces amaba al Creador, amaba sus obras y mezclaba estos pensamientos con los que à él le regalaba. Mi alma, Mercedes, vagaba entonces envuelta en las tinieblas sin comprender lo que sentia, pero envuelta en un manto tan puro, tan tierno, tan arrobador y dulcísimo que ni aun trataba de averiguar la causa de sus goces. Cada dia que pasaba, cada hora, cada minuto que trascurria era una nueva luz, un nuevo sentimiento, una nueva emocion que se desprendia de mi corazon y que se convertia en una sola idea, en una sola aspiracion, en un solo deseo, y por último en un vínculo dulce, lánguido y simpático que se posesionaba de mi absorbiendo el pensamiento de mi alma en uno solo—él.

—Que dichosa eres tú, Elvira!

—Hasta ahora ninguna nube ha enturbiado el horizonte de la felicidad que gozo

En ese momento Lúcio se levantaba de su asiento diciendo:

—Voy à apartarme de Vds. por unos momentos; mientras tanto tú me esperas aquí, dijo dirigiéndose à su hermana, hasta mi vuelta que será en breve. Concluyendo de decir esto tomó su sombrero y salió.

Lúcio habia reflexionado sériamente sobre la conducta que el amante de su hermana habia observado, y habia resuelto tener con él una entrevista en la que le exigiria le hiciese conocer cuales eran los verdaderos sentimientos que para ella le animaban.

Concebido esto habia querido ponerlo inmediatamente en práctica y en su virtud se dirigia à casa de Enrique que como saben nuestros lectores vivia en la calle de Corrientes.

Cuando llegó subió las escaleras y llamó à la puerta que daba entrada à las habitaciones de este.

—Adelante, contestò una voz desde el interior de la pieza que Lúcio reconoció ser la de su amigo. Empujó pues la puerta y entró.

—Tú por acà, querido Lúcio, exclamó su amigo como asombrado de verle.

—¿No lo esperabas, es cierto?

—Puedes creerme que era lo que menos me imaginaba; pero siéntate, continuò enseñando un confidente à Lúcio en el que ambos tomaron asiento.

—Te encuentras bueno de tu herida?

—Si, Enrique.

—Estraño sin duda te habrá parecido mi proceder pues despues del desagradable suceso de la última noche que estube en tu casa no he vuelto, pero debo explicarte el porque para disimular mi falta.

—No, dijo Lúcio, me sospechaba que algun incidente imprevisto ù ocupaciones te habrian imposibilitado el ir, y sobre todo no necesitas disculparte; por lo que respecta à mí estas dispensado, y acentuó sus últimas palabras dejando vagar por sus lábios una sonrisa.

—Siu embargo, te habia dejado enfermo y

—Basta ya, dijo Lúcio interrumpiendo à su amigo, entre nosotros no deben haber esas excusas.

—Gracias ¿Y à que debo el placer de verte en mi casa? porque en realidad debo confesarlo no deja de sorprenderme; lo has hecho tan pocas veces!

—Vine à casa de la Sra. de Masal con mi hermana, donde ella queda, y no quítze perder la ocasion de llegar hasta aquí à verte y hacerte al mismo tiempo algunas preguntas que deseo me satisfagas.

Lúcio queria sin pérdida de tiempo entrar cuanto antes al objeto que originaba su visita.

—Siempre que tus preguntas no sean para mí *nudos Gordianos* cree que te respoderé con franqueza, contestó Enrique haciendo en el momento mas visible su irónica sonrisa.

—Tù te burlas, pero el asunto para mí al menos no es tan trivial como crees pues me afecta demasiado.

—No me burlo, Lúcio, comienza que estoy dispuesto à contestarte; mas antes quiero me digas si es muy largo el interrogatorio.

—Enrique, basta de chanzas, exclamò Lúcio que empezaba à sentirse herido por el tono y modo burlesco en que hablaba su amigo.

Al notar Enrique el disgusto que demostraba Lúcio, conoció que en efecto no le habian agradado las palabras que à modo de broma le habia dirigido, por lo que revistiendo sus facciones de una formalidad severa exclamó:

—Puedes disculparme si como debia no te he atendido, pero es por que estaba en la creencia de que lo que decias era solo un juguete de palabras.

—En nada de lo que he dicho puede suponerse que yo jugaba. Mas en fin, continuò Lúcio reprimiéndose y queriendo atraer à Enrique, pues pensaba que para una entrevista como la que iba à tener con él habia sido muy malo su principio, y que si continuaban cambiándose frases tal vez no llegarían al resultado que queria, estos dichos à nada conducen y debemos dejarlos.

—Lo creo tambien lo mas acertado, contestò Enrique diri-

giendo à su amigo una mirada en la que ni ódio, ni desprecio sino mas bien curiosidad se traslucia, y levantándose tomó de sobre una mesa un cajon de cigarros habanos é invitó á fumar á Lúcio.

—Hace algun tiempo, dijo este sacando un hermoso cigarro de los que le presentaba Enrique, que visitas en mi casa sin que hasta ahora me hayas dicho nada relativo al interés que allí te lleva.

Enrique quedò asombrado al oír esto, y en el instante como el criminal pillado *infraganti* no supo que decir, mas no tardó mucho en volver de su asombro y contestó:

—¿Cual otro quieres que sea sino el de verte à ti y á tu hermana, la amistad que tenemos, el de pasar un rato en sociedad?

—Nada mas que eso, interrogó Lúcio sonriendo á su vez, pero con una sonrisa que dejaba conocer una rábia concentrada y la indignacion que esta contestacion despertaba en su corazon.

—Diré tambien que tu hermana no deja de interesarme y es la causa por que frecuento yo mas de lo que quiere tal vez la amistad tu casa.

—¿La amas?

—No deja de interesarme he dicho ya.

—No tan solo te interesa, sino que le has declarado tu amor.

A estas palabras quedó Enrique en silencio por un momento y en él reflexionó que Lúcio habia sido impuesto por Elvira de todo, ó que este habia visto algo que le daba conocimiento de lo que él creia ignoraba.

—Es cierto, contestò.

—Estamos pues en el punto que precisamente deseaba. Ahora escúchame. ¿Cuales son tus intenciones, Enrique, para con ella?

—Esa es una pregunta intempestiva à que no puedo responder. ¿Crees que à un hombre que ama se le deba hacer esa?

—Cuando ese hombre hace cerca de seis meses que visita dia à dia à la que dice querer y ha conseguido que su cariño sea correspondido, cuando esa muger no vive sino para ese hombre, cuando no hay en el mundo para ella mas felicidad que él, cuan-

do por último, como sucede con Elvira, esa muger está verdaderamente enamorada, entonces un padre ó un hermano está en la obligacion de saber cual es el destino que le espera à esa hija ó hermana, entonces hay derecho para preguntar que intencion le guia para con esa jòven, cuales son sus miras, que piensa.

—Comprendo, dijo Enrique de un modo frio, quieres saber si yo me caso con ella, no es cierto?

—Si, quiero saberlo, por que de esa respuesta depende la ventura de Elvira: quiero saberlo por que sino piensas tal cosa, si solo la engañas, es preciso poner término al mal que mas tarde seria imposible remediar.

—Pues bien, la amo si, pero aun no he pensado en semejante cosa; si tú crees que cinco ò seis meses de relacion son suficientes para casarse yo no veo del mismo modo pues considero esa cuestion muy delicada.

Para unir un ser à otro su vida con un vínculo indisoluble debe atender antes à muchas consideraciones. ¿Crees que me desposaria yo con una jòven á quien recién empiezo à conocer? ¿No opinas como yo? que antes de decidirse à dar uno ese paso debe meditarlo bien y conocer si la compañera que ha elejido podrá hacer su felicidad?

—Creo eso si, pero creo que cuando el hombre ama, cuando guian sus sentimientos un proceder puro, cuando un padre ó un hermano se acercan y le dicen: Una jòven os idolatra, has hecho nacer en ella una pasion que no podrá estinguirse nunca de su corazon; ese hombre, Enrique, es responsable del porvenir de esa jòven, y ese hombre si es caballero, si ha procedido con nobleza si quiere debe contestar categòricamente. Pero tú por el contrario te contradices diciendo: “la amo pero aun no he pensado en semejante cosa.” La amas y jamas has pensado en ser dichoso, la amas y eres correspondido y nunca ha herido tu pensamiento la idea de un porvenir lleno de dulzuras que cruzaràs adormecido por el encanto tiernísimo que el amor de una muger difundirà en tu existencia como la luna su luz dulce y melancòlica sobre una eucapotada noche; la amas pero aun no has concebido nada para el mañana de esa muger que vive alentada por tu cariño y por que la idea de un porvenir radiante la acaricia en

sus delirios de amor. ¡Oh! es ciertamente incomprendible tu proceder.

Enrique permaneció impasible guardando un profundo silencio.

—Bien, pues, caballero, dijo despues de un instante Lúcio, me felicito de haber dado cuanto antes este paso, pues asi aunque remedio al mal que está hecho no puede oponerse, por lo menos podrá evitarse en adelante la maldad de un hombre que acecha la virtud para devorarla.

—Eh! prorrumpiò Enrique, mire Vd. lo que habla!

—No es estraño; cuando es que el malvado no se hiere y quiere ser honrado cuando se le dá el título que merece.

—Es demasiado lo que Vd. dice; me insulta y será preciso enseñarle à tratar con caballeros.

—Si Vd. lo fuera seria en mí un deber, pero como solo es un miserable lo desprecio,

—Me dará Vd. de lo que dice una satisfaccion.

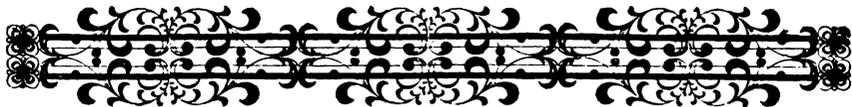
—Jamás.

—Pues yo se la arrancaré à la fuerza.

—Nada será suficiente, mi corazon es noble y nunca haré à Vd. ese honor que me degradaria. Diciendo esto bajó Lúcio las escaleras y salió à la calle.

Enrique en cabeza siguió en pos de él hasta la puerta llamándole, pero el hermano de Elvira sin dar vuelta siquiera prosiguió sereno su camino hasta lo de la Sra. de Masal, de donde salió con su hermana para su casa.





CAPITULO V.

Làgrimas de amargura.



LOS dos dias de la ausencia de Enrique de casa de Elvira se siguieron cuatro mas que esta pasò en la mas devorante ansiedad y con el corazon oprimido de dolor. La incertidumbre en que estaba, atormentaba su alma y la hacia padecer terriblemente.

Lúcio no habia aun comunicádole à su hermana la visita que hizo á Enrique y con que objeto. Temia hacerle saber una noticia tan funesta para ella, comprendia que sus palabras iban a cubrir de duelo aquel corazon tan puro, que hasta entonces habia vivido feliz alimentando en su alma las doradas ilusiones de una felicidad tan tierna y amorosa como las caricias de una madre, temia decirle: Elvira, Enrique no te ama, desecha esos sueños de gloria que ha concebido tu imaginacion, por que él comprendia cuan amargo era esto, cuanta hiel derramaria en la existencia de

Elvira hasta entonces arrullada en medio de una dicha que jamás se imaginó perder. Era duro por cierto, tener un hermano que abrir hondas cicatrices en el alma de un ser tan querido, tener que cambiar los goces en tormentos y deshacer cuanta ilusión ha creado la mente de una muger que ama por primera vez.

Era de noche, y la casa de Lúcio permanecía cerrada pues la hora era avanzada, y los habitantes todos descansaban de las fatigas del día, unos con el sueño de los justos y la tranquilidad en su alma, muchos gozarían de una muger adorada sin más aspiraciones que su amor, otros despiertos tal vez sin que el sueño cesase sus párpados recordarían con placer el objeto de su cariño distante de su lado, y se arrobarían con el recuerdo feliz de los momentos de dicha que tuvieron, mientras que muchos ajenos à la verdadera felicidad confundirían en su imaginación los pensamientos que turbaban su tranquilidad para ceder su lugar à las ideas de ambición que germinaban en su corazón, y muchos también meditarían en el silencio de la noche, el medio de saciar una venganza y hacer caer sobre la cabeza del que los había ofendido horribles tormentos con que aguzarían su corazón, otros se darían vuelta en sus lechos agoviados ya por las enfermedades corporales, ya por las morales que les privaba de la tranquilidad; cuantos también remontarían su alma al Ser Supremo pues su voluntad les ordenaba abandonar este mundo y remontarse à una esfera superior à ellos.

En esta noche pues, como son todas las de la vida en que los contrastes de este mundo desnudo se tocan, Elvira se hallaba también despierta apesar de ser las doce de la noche.

La ventana de su dormitorio estaba entre-abierta y desde afuera se percibía la débil luz que una lámpara colocada en una pequeña mesa al lado de su lecho difundía en la pieza.

Ningun ruido se oía, ningun rumor viviente, ningun acento humano turbaba el profundo é impresionable silencio que reinaba.

El cielo estaba cubierto de estrellas, millares de luceros esmaltaban el firmamento y servían de corona à la naturaleza dormida.

La luna esparcía sobre la tierra una claridad dulce y poéti-

ca, pura y bella, lánguida y embriagadora; era una noche encantadora, sublime y tierna como las emociones del primer amor. El aire que se respiraba era grato y embalsamado y el pecho se dilataba al respirar una emanación tan pura.

¡Quien es aquel que no ha admirado la naturaleza en una de esas noches de primavera, en que todo sonríe, en que todo es encanto, en que el alma se inunda de felicidad, y vago, aéreo, divino, recogimiento reconcentra nuestras potencias, absorbe nuestras ideas e imprime en nuestro ser un solo y portentoso pensamiento. ¡Dios! Quien no ha contemplado la Creación cuando todo es silencio poesía, y la naturaleza nos habla con un lenguaje imperceptible casi, con una música tan tierna, tan dulce que embriaga nuestros oídos y adormece suave y lángidamente nuestros sentidos! Quien no ha gozado al contemplarla a esta hora en que el silencio convida a la meditación, cuando solo se escucha, solo se ve, solo se mira, sin que nada de lo que oímos, vemos y miramos podamos explicarlo; cuando absortos, enternecidos, bañado nuestro ser en un raudal de melodía, por una quietud embriagadora, por un deseo que refundido en una hebra de nuestro pensamiento vuela rápidamente y llega a una región incomprendible que no se define pero que alcanza a percibir el alma en uno de esos momentos de tierno arrebató en que embebidos en la idea de Dios cruzamos los espacios y llegamos hasta las puertas do nos espera una felicidad dulcísima y sin límites!

Elvira yacía tendida en su lecho. Su cabello estaba suelto y esparcido sobre sus hermosos hombros entonces descubiertos. Su cuerpo envuelto por un saco leve y fino, dejaba traslucir un tanto de sus encantadoras e incitantes formas, en uno de sus brazos que descansaba sobre la almohada apoyaba su cabeza. Su respiración era agitada y fatigosa, y en su tersa y pàlida frente se dejaba ver la huella de un pensamiento que tenaz la perseguía y la hacia padecer. Sus ojos dirigían miradas ya lánguidas y suplicantes, como imperiosas y despreciativas, pero inquietas y vagas cual si su imaginación divagase dudando siempre de la idea que concebía.

Repentinamente se sentó en su lecho y su rostro tomó la es-

presion del que despues de meditar una cosa se resuelve decididamente sobre lo que debe hacer.

Si, dijo hablando sola, dejando con esto comprender que su mente exaltada estaba acometida por la fiebre que confundia sus ideas: Si, debo escribirle ¿puedo yo vivir en esta incertidumbre, sin veerle, sin saber la causa que le induce á proceder de un modo tan estraño para conmigo?

Quedó en silencio por algunos momentos, y bajàndose luego de la cama abrió el cajon de una cómoda y sacó todo lo necesario para escribir.

En el estado febril en que se encontraba, creia que el mejor medio para averiguar la conducta de Enrique era dirigirle una carta, asi fué que, confundida como estaba y guiada solo por su amante corazon, habia trazado su mano las siguientes líneas que despues de haber escrito leyó ella mentalmente. Decian así:

Adorado Enrique: bien comprenderas que el paso que doy solo puede hacerlo una muger que ama con una pasion imposible de comprender ni explicar nadie que no sea el objeto de ese afecto. Hacen seis dias que no has parecido por mi casa sin una causa lícita que os lo impida. ¿Por qué es esto Enrique? ¿Que! ¿Puedes tú amàndome permanecer tanto tiempo sin veermé? Estas descontento de mí? Pero que te he hecho? Es una ofensa el que te ame mucho, el que te hàya dado las ilusiones primeras de mi alma, mi amor y mi vida?

Hoy que me faltas, conozco mas que nunca, Enrique, cuan necesario es para mí tu cariño, cuan miserable me es la vida sin el ser en quien cifro mi felicidad. ¿No conoces que este corazon que te adora sufre, por que tu indiferencia es para él la espina que le hiere? ¿Crees que puedo vivir lejos de tí sin que tus ojos fijos en los míos penetren hasta mi corazon y le conviertan en un torrente inagotable de sensaciones que conmueven dulcemente mi ser y hace venturosa la existencia de una muger, que siente en su alma el fuego de una pasion sublime que irá consumiéndola si el hombre á quien ama nó le alienta con su cariño? Ven Enrique, ven y calma con tu presencia mi pesar en alegria, ven y destierra de este corazon que solo late por tí la amargura que en él has derramado.”

Pero qué he hecho? exclamò; yo estoy loca y agarré el papel y lo deshizo con fuerza entre sus manos, como indignada de los caracteres que en él habia trazado.

Era muger y solo en un acceso de amor, solo confundida por el delirio y la idea que fija en su mente le martirizaba podia haber hecho una cosa semejante.

Yo humillarme, ¿y porqué? exclamó nuevamente. ¿Soy acaso culpable? Corazon ama y sufre, pero conserva tu dignidad.

Se acercò entonces à la ventana, y abriendo una de sus ojos sacò por ella la cabeza que bien necesitaba del aire para refrescarse. Permaneciò asi algun tiempo acariciada su frente por la brisa de la noche y contemplando la naturaleza, esa naturaleza à quien nuestra alma dolorida confia tantas veces sus recònditos dolores, y à la que tomamos por confidenta de nuestra desventura, por que es preciso aun cuando las flores de nuestra vida estén marchitas mostrar al mundo la sonrisa del contento, por que él en vez de comprender nuestras làgrimas no haria sino burlarse del desencanto que corroe nuestro corazon.

Esto le volviò del trastorno y confusion en que estaba.

Si alguien à esa hora hubiera podido verla, con su largo cabello suelto que el viento acariciaba jugueteando y columpiàndolo por sus espaldas, su rostro pàlido y en él pintada la tristeza y resignacion de un alma apasionada, su seno alabastrino casi descubierta, sus brazos blancos y torneados, su boca entreabierta, voluptuosa, y en fin sus formas todas que envidiaria el pincel de Murillo ò Miguel Angel, habria creido à Elvira no la realidad sino una de esas Silfides que vemos en el sueño, que nos dejan estàticos de admiracion al contemplar sus encantos, que se nos acercan, nos hablan con débil pero dulce voz à nuestros oidos, y embebidos, arrobados, permanecemos mudos pues la emocion dulcísima de placer que gozamos hace espirar en nuestros làbios las palabras. En aquellos momentos era Elvira no una criatura de la tierra, sino uno de esos àngeles puros que se cria la imaginacion con cuantas gracias y atractivos son posibles de desear.

Al fin volviò à su lecho con la cabeza mas despejada y permaneciò en él despierta hasta cerca de la madrugada en que su cuerpo y espíritu cansados cedieron al sueño.

~~Comenzaba~~ à beber ya la infeliz Elvira la amarga copa que el destino le deparaba, y que debia apurar mientras sintiera en su corazon la fuerza de la vida

Era ya de mañana. El sol aparecia de rato en rato haciendo sentir la fuerza de sus calientes rayos. Preñado el cielo de oscuras nubes anunciaba junto con la pesadez de la admósfera una próxima lluvia.

Eran mas de las nueve de la mañana y todos se hallaban en pie hacia algunas horas en casa de Elvira, á escepcion de esta que recién se levantaba.

Lúcio entraba de la calle y no viendo à su hermana en las demas piezas se encaminò al cuarto de ella y la encontró con el rostro livido y los ojos ojerosos, como sucede despues de una noche de insomnio cuando el espíritu ha luchado con el pesar que agita nuestro corázon.

—Buen dia, hermana, sin embargo de que puede decirsete muy bien, buenas tardes por lo mucho que has dormido hoy.

—Anoche he estado desvelada por lo que el sueño se ha vengado por la mañana en mí.

—Estas de mal color!

—No es estraño, no me siento muy buena.

—¿Qué tienes?

—La cabeza dolorida, y un desaliento que me tiene incapaz de nadá y descontenta.

—¿Deseas algun remedio?

—No, nada, no temas, es poco y pasará.

—Voy à decirte hoy, exclamó Lúcio sentándose, donde fuí el otro dia cuando estando en casa del Sr. Masal te dejé allí.

—Lo consideraba asunto tuyo particularmente por eso no quize hacerte pregunta alguna acerca de tu salida.

—No hermana, era un asunto que à àmbos nos interesaba, y à ti muy particularmente.

—A mí! no me imagino que pueda ser.

Es algo de lo que hoy forma parte de tu vida, algo que deseo escuches con reflexion y tranquilidad para luego de oirme des-

precisar las palabras que según creo no dejarán de hacerte sufrir.

Al escuchar esto, sintió Elvira correr por su ser una impresión de disgusto que no pudo reprimir y se pintó en su rostro anhelical. Su corazón se había estremecido con un presagio de desventura que desgraciadamente no le engañaba.

—Has despertado mi curiosidad, dijo, y anhelo salir cuanto antes de ella aunque me sea sensible.

—Escúchame pues:

—Cuando salí de casa de Mercedes me dirigí á la de Enrique con el objeto de tener con él una explicación, y pedirle me hiciera conocer cual era su modo de pensar para tí, que tú me habías confesado le amabas y que como hermano y único amparo tuyo exigía de él me demostrase cuales eran sus intenciones, lo diré en una palabra si pensaba casarse contigo. Pasaré en silencio el diálogo que con este motivo tuvimos, y te diré que el resultado de mi visita fué cerciorarme que ese hombre digno solo de desprecio no ama y solo trata de robar tu inocencia, de seducir tu corazón sin experiencia del mundo, niña aun é inocente y crédula has dado á un ser tan miserable y corrompido.

Elvira quedó anonadada por un momento, lo que acababa de expresar Lúcio era mas agudo y punzante que el acero de un puñal que hubiese penetrado su corazón. Quedó al principio insensible, muda, por que hay impresiones de dolor que lastiman de un modo nuestra alma que la fuerza del sentimiento mismo la dormece; mas luego como el que despues de un éxtasis vuelve en sí, así el alma anonadada por un instante revive, y es entonces cuando siente verdaderamente el dolor que le acosa.

Hábase quedado en silencio repitiendo las palabras de su hermano, que eran para ella gotas de hiel derramadas en el cristal de su felicidad, ponzoña amarga que envenenaba su existencia arrancando á su corazón las flores primeras y purísimas de su vida.

Una escitación debía suceder á ésta calma aparente y no tardó en aparecer. Se levantó repentinamente, llevó una de sus manos á su cabeza, fijó en Lúcio una mirada de curiosidad cual si le viera por primera vez y exclamó:

—Mientes, quien te ha dicho que Enrique no me ama! No, no, eso es falso.

—La infeliz perdía la razón.

—Elvira, hermana mía, calma tu aflicción sociégate.

—Tú me dices eso, pobre, y soltó una ruidosa carcajada.

—Soy, Lúcio, tu hermano.

—Mi hermano, no, él no me diría que Enrique me ha engañado por que sabe muy bien que él es para mí la única felicidad de mi vida. Mi hermano, continuó, no, y dándose vuelta tomó en dirección á la puerta como para salir, mas Lúcio se paró en ella impidiéndole el paso.

Entonces Elvira parada, inmóvil y desencajada quedó mirando fijamente á su hermano. Despues se cubrió el rostro con sus manos, prorrumpió en llanto y se arrojó en los brazos de Lúcio que estrechándola en los suyos sollozaba tambien.

—Llora hermana, llora, que el llanto es un bálsamo que alivia el sentimiento del corazón que lo derrama.

—Lúcio, dijo Elvira secando las primeras y mas amargas lágrimas que el desengaño le hacia derramar, con que todos mis sueños se han desvanecido, solo eran humo, esa felicidad que gozaba debíá tan pronto convertirse en desventura; ay! solo tú me quedas ahora en el mundo en quien depositar mis angustias y beber algun consuelo, solo tú cariño Lúcio que jamas me engañará.

—Si, Elvira, en mí hallaras al padre que nada ahorra para hacer dichosa la vida de su hija.

—Dicha no espero yo ya.

—Si Dios no te abandona aun lo seras, por que el tiempo ha de curar la herida que un hombre ha abierto hoy en tu corazón.

—Enrique, ha sido y será estoy cierta mí único amor, y en el habia dado mi alma todo el afecto que guardaba.

—Los años que todo lo abaten, bajo cuyo poder todo cede ó desaparece, apagarán esa llama que hoy arde con violencia.

—No, nunca, nacl para queréf una vez sola lo conozco y no creo posible se estinga en mí este cariño mientras viva. Oh! tú no sabes lo que es amar mucho, cuando este sentimiento se ha desarrollado en nosotros, cuando no hay una sola idea, una sola

ilusion que no se haya desprendido del seno de nuestra alma para regalarla al ser que adoramos, y en el que hemos fijado nuestros primeros ensueños, à quien hemos dado las primeras emociones amorosas de nuestro corazon; cuando vivimos exclusivamente para él, sin que haya en nuestra imaginacion otro pensamiento que el suyo, ni otro recuerdo, ni otra imàgen adorada que tanto nos preocupe; cuando nuestra vida y nuestro pensamiento no nos pertenece porque hemos vinculado à otro nuestro ser, cuando en fin hemos sido felices algun tiempo.

—Si, Elvira, si, lo sé, pero hay una ley en la naturaleza, ley poderosa como emanada del Hacedor, y ella es el que nada dura y si todo perece.

—Luego crees que olvidaré?

—Tu herida es muy reciente, y no es estraño que juzgando por el dolor de hoy imaginas imposible curarte, mas cuando mas friamente puedas reflexionar y comprendas que el hombre à quien inocentemente distes tu amor no lo merece, entonces, Elvira, como el que despilfarra el oro y se arrepiente sinceramente guardará ese afecto puro como tus ilusiones y lo preservará de todo aquello que pueda dañarlo hasta encontrar un ser acreedor à él, entonces no estrañarás tu primer cariño y al amar te imaginarás querer por primera vez.

—Haces bien en decirme eso porque es una luz de bienhechora esperanza que calma segun tú crees mi afliccion; pero no, hermano, para mí no habrá encanto ninguno de hoy en adelante en mi existencia, viviré solamente del sufrimiento.

—Mas tarde comprenderás la verdad de las palabras que tu dolor juzga ahora inverosímiles.

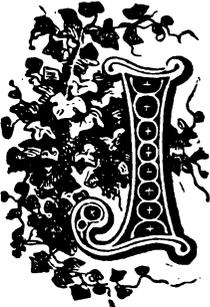
Elvira no contestó à las últimas frases de su hermano, y despues de un corto instante de silencio, le instò para que le refiriera la entrevista que tuvo con Enrique, à lo que Lúcio accedió.





CAPITULO VI.

El encuentro.



LUSTO es que hagamos saber al lector lo que hizo Enrique desde la tarde en que le dejamos en la puerta de su casa demasiado arrebatado con motivo de las palabras que mediaron entre él y Lúcio.

Despues de anochecer, habia salido Enrique sin direccion, andado que hubo algun tiempo llegó á la calle de Maipú y como á la mitad de la cuadra se encontró con un antiguo conocido à quien hacia algun tiempo no veia.

—Es posible, eres tû, amigo mio, cuanto celebroy el verte, exclamò el desconocido estrechando con efusion la mano que Enrique le tendia; bien me he acordado de tí, pero ignoraba tu domicilio.

—Sorprendido estoy, Julio, de hallarte; ¿qué ha sido de tí que ni vivo ni muerto se te veia en ninguna parte, como ha sido esta desaparicion que nadie se sabia explicar?

—Me alejé de Buenos Aires impensadamente. El viage se hizo à la noche y al otro dia à las once de la mañana me embar-

caba sin direccion fija y con los bolsillos completamente escuálidos.

—Muy cerca de un año harà ya que estabas ausente.

—No, ocho meses solamente.

—¿Y porqué puntos has andado?

—He visitado algunas de las Provincias Argentinas, gracias à un amigo que fué quien me instó à seguirle comprometiéndose à darme todo lo necesario con tal que lo acompañase. Rufino, que bien le conoces tú, nuestro compañero de colegio. Se hallaba solo en el mundo, tenia una cómoda fortuna que heredò de la madre, estuve con él el dia antes de su partida, me invitò à que le siguiese, le hize entonces presente mi triste estado monetario, pero prometióme que nada me faltaria si le acompañaba, no debia dudar, estaba aquí à la luna de Valencia como dicen y acepté.

—¿Ha venido contigo Rufino?

—No, se iba al Paraguay.

—¿Como es entonces que le has abandonado?

—Es que recibí una noticia hallándome con él en Córdoba, magnífica. Mi tia, que tú recordaràs, aquella viejita *in illo tempore* tan buena, que lo que es ahora ha variado un poco, me mandó llamar y me he apresurado à venir pues estando bastante enferma y siendo muy vieja no tardarà en abandonar la vida, y entonces ya comprendes pienso seré el heredero de sus bienes.

—¿Que tiempo hace que estas en esta?

—Tres dias solamente.

—Felicísimo es el encuentro que contigo he tenido pues paso por una crisis en la que una persona como tú me era muy necesaria.

—Aquí me tienes, Enrique, siempre tu amigo y dispuesto à servirte en cuanto me sea dado.

—Gracias, Julio. ¿Y hàcia donde dirijes tus pasos?

—Caminaba por andar únicamente, estoy ahora como un extranjero pues solo à tí he encontrado de mis relaciones, verdad es que poco he salido.

—No teniendo precision de ir à alguna parte como dices, ven conmigo à casa y charlaremos un rato.

— ¡Lo pruebo.

— Tú siempre el mismo, Julio.

— ¿Qué quieres? es mi carácter ó mejor dicho mi filosofía. En este mundo todo es farsa, y para vivir uno tan solo la cuarta parte de su vida feliz se necesita una gran dosis de la ciencia que yo posco.

— ¿Cual es, Julio?

— Tener en primer lugar una no mala fortuna, por que desengañate la plata en el siglo en que vivimos es la varita de virtud cuyos prodigios vemos diariamente y ante cuya influencia todo cede; en segundo, tener un corazon duro, insensible, que las vicitudes de la vida no puedan conmover; en tercero, tener un alma que sea incapaz de concebir una pasion fuerte, de esas que segun hemos visto hasta hoy no hacen sino destrozar los corazones y convertir la existencia del que la siente, en vez del Paraiso que soñaba, en un seco y árido camino en el que al atravesar deja las ilusiones de la vida, bebiendo la amargura y el dolor; y por último tener mucha, muchísima filosofía de esa que dá la esperiencia.

— ¿Con ese caudal crees que se puede ser dichoso?

— Si, por cierto.

— ¿Qué piensas tú, Julio, que es lo que mas generalmente hace nuestra infelicidad?

— Ello es muy claro, las mugeres.

— ¿Crees eso?

— Si. La muger desde el instante que fué criada sembró en el mundo las lágrimas y el dolor con su primer pecado, lágrimas y dolor que hà una infinidad de siglos pesan sobre la humanidad.

— Indudablemente alguna oculta herida te ciega, amigo, haciéndote juzgar tan mal à esos ángeles bellos, que son en nuestra vida todo amor y felicidad y nuestra única ventura. La muger fué criada por Dios para compañera del hombre, para que endulzase con su esquisita ternura, con las afecciones tiernísimas de su alma, nuestra carrera en este mundo de miserias que sin ella seria un desierto lleno de escabrosidades, y en el que no encontraríamos una mano que nos guiase, un corazon que con sus amorosos

cuidados pudiera alentarnos y hacer muchas veces placida y dulce nuestra existencia.

—Cada uno tiene sus creencias, tú crees en la muger, yo no.

—¿Y por qué, Julio?

—Por que este corazón ahora frío, insensible ya, muerto para el amor ha tenido también su primavera, ha querido y su cariño no ha encontrado eco en el ser en quien cifraba su ventura, sino ficción y maldad. Las mugeres! oh! Cuando tus mas bellos pensamientos hayan sido despedazados, cuando en tu corazón se haya infiltrado gota à gota el veneno del desencanto, cuando à tus ilusiones se les haya arrebatado una à una su perfume, cuando en tu alma no hayan quedado sino recuerdos amargos, y espinas que constantemente hagan desangrar tu corazón, entonces como yo, Enrique, dudarás de la muger.

—Sin embargo, una no hace regla general.

—Es verdad, y por esto he dicho que cada cual tiene sus creencias.

Hablando así se encaminaban ambos à casa de Enrique.

Este nuevo personaje que no era otra cosa que la personificación del vicio, era un hombre joven de veinte y ocho años, de alta estatura, cuerpo grueso, color moreno, ovalado rostro, nariz grande y abultada, ojos pardos, pelo lacio y bastante escaso, frente espaciosa, boca grande en la que encerraba unos desiguales y no bien cuidados dientes. Su porte agraciado, su modo tan natural, amable y risueño engañaban con facilidad.

Julio era nacido en Buenos Aires é hijo de un matrimonio de la clase media de la sociedad.

Sin padres ni tutores à los veinte años de edad, libre completamente, sin una persona que corrigiese sus depravadas intenciones, las malas compañías habian à los veinte y ocho años endurecido su corazón antes bueno, corrompido sus sentimientos y formado de él un hombre pernicioso que no reconocia otros deberes ni leyes que su propia voluntad.

Tenia uno de los vicios mas execrables que es la ruina de una gran parte de la sociedad y era el juego.

El jugador todo lo puede, nada hay sagrado para él, así es

que **habia robado** y hecho cuanto es capaz de cometer un hombre sin conciencia, sin honor, encenagado y prostituido en el crimen. Solo una cosa faltaba que agregar al catálogo de sus maldades y era el asesinato.

Su padre, almacenero, fué siempre un hombre rústico y vulgar que debemos decir para descargo de Julio no hizo cuasi nada à fin de hacer de su hijo un ser que pudiera algun dia ser útil à la humanidad. El mundo, habiale dado la educacion y modales de la gente alta de la sociedad con quienes muchas veces habia estado en contacto. Julio poseia una sagacidad natural para el mal, tanto que todos sus crímenes los coronaba siempre un buen resultado. Sus malos pensamientos como sus hechos, eran un árcano que solo Dios y él conocian. Julio era para decirlo todo en una palabra el vicio refinado del siglo diez y nueve.

Mientras tanto han llegado nuestros personajes à la calle de Cuyo, y Enrique ha hecho subir à su antiguo compañero hasta sus habitaciones.

—Con que pasas por unas circunstancias espinosas en que puedo serte útil? dijo Julio à Enrique.

—Si, precisamente tú vas à darme el camino que debo seguir en adelante.

—Bien pues, veamos que te sucede.

Entonces Enrique le refiriò sus amores con Elvira, lo que le habia sucedido aquella tarde con el hermano y su deseo de tomar una venganza.

—La jóven te ama, exclamó Julio despues de oir atentamente la narracion que le habia hecho su amigo, tú sientes por ella el deseo de poseerla únicamente, no es verdad?

—Si, y quiero tu opinion acerca de la conducta que debo observar.

—De los medios dirás que deben emplearse para conseguir lo que quieres.

—Sea, estoy conforme.

—Elvira debe tener conocimiento de tu entrevista con su hermano; en la casa no eres admitido ya y ese Lúcio velará por ella. ¿Qué hacer? ¿Que resolucion tomar? No encuentro ninguna.

—Es que esa muger es preciso que sea mia, Julio, por que he sido insultado y mi mejor venganza será escarnecer, humillar à ese hombre que hoy me desprecia.

—Vamos, y eras tú el que no ha mucho alababas à la muger y ahora me hablas precisamente para que te indique el medio de hacer la infelicidad de uno de esos àngeles cuyo solo delito consiste en quererte demasiado, en haber con inocencia dado fé á tus falsos juramentos? Permíteme que à mí vez raciocine. ¿Es acaso culpable esa jóven, pregunto, de que un hermano celoso de su dicha te haya insultado? ¿Cual es el crimen porqué quieres castigarla? ¿Por que derramar la hiel del desencanto en su vida que ha consagrado à tí toda entera? Porqué cortar la flor que ha abierto recién su caliz y cuyo perfume embriagador puede emblesarte algun dia?

—Por que en ello está empeñado mi honor, por que lo he jurado.

—Hé ahí la miseria del hombre! Cuanto puede el amor propio!

—Júzgalo como quieras, tengo razones para proceder asi.

—No objetaré nada, pero para lo que deseas, Enrique, será necesario recurrir à medios

—Te comprendo, ¿pero qué importa si se consigue el objeto?

—¿Luego estas dispuesto à todo?

—Si.

—Ya eso es muy distinto, me gusta verte en ese terreno. Entonces, prosiguió Julio, hay recursos.

—Dime uno de ellos.

—Robarla.

—Presentará muchas dificultades, Julio, por lo que no estoy conforme.

—Es el primero que veó y estoy porque aun cuando se me ocurriesen muchos ninguno darà un desenlace tan feliz como este.

Que presenta dificultades, decis, ¿y qué? piensas que sin bajar, sin vencer obstáculos lograrás lo que te propones conseguir?

Si à todo estas dispuesto, porque al proponerte un medio le rechazas? Vamos, Enrique, confiesa que tu no eres hombre de empresa pues quieres sin tener parte en la accion salir vencedor.

—No es el trabajo ni los obstàculos lo que me arredrá, sino que el resultado no lo veo nada propicio; trabajar y esponerse que importa si se consigue el fin, pero hacer todo esto sin lucro alguno es tontera.

—¿Y por que crees que mi proposicion no dará ningun fruto?

—Por que no la veo buena en ningun sentido.

—En ese caso la retiro, veamos la tuya, ojalà hayas sido mas feliz en tu eleccion.

—Hasta ahora no tengo nada pensado.

—Pues querido, dijo Julio, echando atras la cabeza y despidiendo columnas de humo de un cigarrillo de papel que fumaba, todo lo que puedo prometerte es mi ayuda, lo que te he propuesto no te agrada, busca tu entonces el medio de conseguir tu objeto, y si te soy necesario bien sabes que puedes contar con mi cooperacion.

—El que no acepte tu primera proposicion no quiere decir que rechazaré las demas, piensa un momento y puede que con asombro tuyo tu imaginacion te sugiera alguna idea mas acertada que la primera.

—Por hoy estoy seguro de que no.

—Si en toda esta noche, Julio, no encuentro alguna cosa mejor que la que tu me has propuesto, seguiré tu consejo, por lo que no estará demas combines todo lo necesario para alcanzar un éxito feliz en nuestra empresa.

—Me gusta, Enrique, tu resolucion por que preveo te adherirás à mi pensamiento.

—No te avances á creer que me doy por vencido, pues en las horas que faltan aun para mañana un plan mejor combinado por mi puede anonadar el tuyo.

—Estoy seguro de que no.

—Mañana lo sabremos.

Julio se levantò—¿Te vas? le preguntò Enrique.

—Si.

—¿A qué horas vendras mañana?

—A las nueve.

—Convenido, almorzaremos juntos.

—Está bien, adios Enrique.

—Hasta mas ver, Julio.

Ya en la calle nuestro nuevo personaje camina con acelerado paso y cruza varias calles cantando en ¹baja voz y dirigiendo galantes palabras à cuanta muger encuentra hasta que llega à la calle de la Esmeralda, entre Merced y Piedad y se detiene á la puerta de una casa que abre con una llave que saca del bolsillo. Atravieza un patio iluminado por una lámpara de cristal y entra por una puerta que mira à la Pampa.

—Ay! es Vd. Sr. D. Julio? esclama una jóven bastante hermosa al sentir las pisadas de éste, me he sorprendido por que estaba dormitando.

—Siento haberte asustado, Angela, pero bien se conoce que eres muy nerviosa y estás por lo consiguiente siempre predispuesta á fuertes impresiones.

—¿Como sigue mi tia?

—No ha mucho tuvo un ataque muy fuerte de tos, pero con el jarabe que recetò el doctor se le ha calmado y ahora duerme.

—¿Ha preguntado por mf?

—Si Sr; à cada rato; yo creo que su venida de Vd. le vâ à dar algunos dias mas de vida, está tan ¹contenta!

—El médico no ha vuelto?

—Si señor.

—Que dice de ella?

—Que el mal no declina, que como ha dicho otras veces puede vivir un mes ó dos mas y puede tambien no amanecer; que nada puede asegurar.

—Angela! Angela! llamaba en ese momento una voz débil y seca à la criada.

—Voy, señora, contestó ésta. Se ha recordado ya, dijo dirigiéndose à Julio, y pasó à la pieza inmediata donde estaba la enferma.

—Alcánzame un poco de agua.

—Si señora, y la criada tomando un vaso de sobre la mesa incorporò un poco con una mano el cuerpo de la anciana casi inmóvil, y con la otra acercó el vaso à los lãbios de Pastora, que este era el nombre de la que yacia postrada en el lecho.

—Gracias, dijo la viejita, y volvió à reposar su cabeza sobre la almohada.

—Ha sido tranquilo el sueño, señora?

—Si, hacia ³dias que no descansaba tan sosegadamente.

En este instante se presentò Julio y se acercó à la cama de su tia diciendo: tia querida, con que se encuentra Vd. mas aliviada.

—Julio! hijo mio, eres tũ? cuanto hastardado, estaba con cuidado.

—Que quiere Vd., me encontré con un amigo à quien aprecio y fueron tantas sus exigencias à fin de que fuera à su casa que me fué imposible no acceder, y esa es la causa porque me he entretenido hasta ahora.

—Es muy tarde? preguntò la enferma.

—Las diez dadas, respondiò Julio.

—Y quién es ese amigo que dices haber hallado?

—No sé si Vd. recordará de un jovencito menor que yo, uno de entre mis compañeros de colegio, el amigo mas íntimo que tenia, Enrique hijo de

—Si, si, conocí mucho à su padre, un excelente sugeto.

—Murió ya.

—Es posible?

—Si señora.

—Recien llega à mis oidos esa noticia.

—Y sin embargo no es nueva.

—Ay! exclamó la anciana llevando una de sus manos al pecho, que dolor. Vuelve otra vez la tos, y en efecto, un ataque mas fuerte que el anterior se apoderò de ella por algunos minutos en los que le hizo esgarrar alguna sangre y la dejó completamente abatida.

—No le conviene à Vd. hablar mucho, tia.

La Sra. permaneciò callada pues no habia comprendido las

palabras de su sobrino, y aun ni aliento tenia para pedirle repitiese lo que en confusion habia oido.

No podia en efecto abrigar mucha vida aquel ser débil, agoviado por las enfermedades y los años. Era una muger de pequeñas dimensiones y estaba tan delgada que seguramente el que la viese diria que al exhalar el último aliento de vida quedaria seca.

Su rostro estaba de un color lívido, la piel arrugadísima; toda ella en finera uno de aquellos seres que al mirarlos creemos ver abierta ya la fosa que deberá guardarlos.

—Acuéstate, dijo à su sobrino Julio cuando pudo hablar.

—Voy à hacerlo, tia, siquiera por dos horas, porque estoy muy rendido.

—Duerme si, quasi alguna cosa ocurre Angela que queda conmigo te despertará.

—Que Vd. descanse tia.

—Adios hijo.

Julio salió del cuarto pensando que era llegado el tiempo de hacer testar à la anciana pues el estado en que se encontraba era demasiado alarmante, y de un momento à otro podia morir y dejar embrollados sus bienes que entonces reclamarian sus parientes todos.

Llegò à la pieza que se le habia dado para habitar, y alli desnudándose se metiò en cama discurriendo el como haria feliz el robo que con Enrique se proponia hacer de Elvira, y él como tambien conseguiria que su tia testase en favor suyo.

Esto último à la verdad era lo que mas le interesaba pues logrando ser su heredero poseeria muy cerca de quinientos mil pesos que en sus circunstancias eran un exelente nutritivo para sus lánguidos bolsillos.

Permaneciò acostado como un cuarto de hora sin que sus ojos se cerrasen, acariciando cuanta idea se forjaba conveniente para el logro de su objeto, hasta que se quedó dormido.

La tia de Julio, era una muger soltera que jamas tubo un desliz hasta la edad de setenta y dos años que contaba.

Siendo tan vieja, era imprudente y majadera, cosa que no hay que estrañar en las personas ancianas, por lo que hoy se veia únicamente con una sirvienta y su sobrino pues los demas allega-

dos à ella estaban aburridos de sufrirle sus impertinencias, sin embargo no tanto que dejaran de ir ahora que se hallaba próxima al sepulcro. Tenia un primo, hombre viejo ya y dos parientas à las que queria mucho, que sino erau de una edad madura estaban en el caso de conocer el mundo; todos ellos como era natural abrigaban la certeza de ser partícipes luego que muriese de una parte de los bienes que poseia, asi es que se apresuraban à mostrarse cariñosos é interesados por la salud de ésta

.
.

A la mañana siguiente, à las diez, entraba Julio à la casa de Enrique quien sin saludarle siquiera le recibió con las siguientes palabras:

—Este no es modo de cumplir lo pactado, quedamos en que à as nueve vendrias tú aqui y no has cumplido.

—Tienes razon en quejarte, es muy cierto, pero impuesto del motivo no dejaràs de disculparme.

—Alguna tontera tal vez.

—No tal.

—¿Qué ha sido ello entonces?

—Que hoy he tenido con mi tia una larga conferencia en la que le hice conocer la necesidad de que hiciese su testamento, pues su avanzada edad asi lo exigia, y hallándose ella conforme y no estando ninguno de sus parientes me apresuré à buscar un escribano no fuera que perdida esta oportunidad se hiciese luego imposible; pero la maldita contra todas mis esperanzas me ha jugado una que te prometo, Enrique, me ha irritado.

—¿No te deja nada?

—Puedes decirlo, pues me hace heredero de diez mil pesos solamente.

—Es mas que broma, Julio, tú que has abandonado tu compañero de viage en la creencia de reportar algunas ventajas haciéndolo, tienes que quedar conforme has venido.

—Oh! te engañas, te prometo que caro le costará.

—¿Qué piensas?

—Sacar producto por cualquier medio. que es el objeto de mi venida.

—¿De que modo, Julio? por que no me parece eso tan fácil habiendo ella testado.

—Trabajando à fin de conseguirlo. Pero pasemos á otra cosa. ¿Qué nuevo plan has combinado?

—Puedes cantar victoria porque aun no tengo ninguno.

—Luego estás dispuesto à adoptar mi proyecto?

—Si por cierto.

—Bien está, ya arreglaremos eso.

—Pues que, ¿nada has hecho?

—No, ni podré hasta de aquí algunos dias ocuparme de tu asunto pues tengo uno que reclama con mas premura mi atencion.

—El de tu tia?

—Precisamente; tú vees que está cuasi agonizando, y antes de que muera se hace necesario que ponga algun medio en ejecucion pues mas tarde serian infructuosos mis trabajos. Por esto te pido pues, una prórroga de seis dias, contados los cuales puedes estar seguro que empezaré á ayudarte à fin de conseguir lo que deseas.

—Te concedo si, pero sin accion à pedir despues de vencida ésta ni un solo dia mas.

—Está bien.

—Has almorzado tú?

—Aun no.

—Vamos entonces.

—Vamos, y poniéndose Enrique el levita y el sombrero salieron á la calle.





CAPITULO VII.

Proyectos.—Un desafio.



POCO mas de las ocho de la noche serian cuando Julio daba con su baston tres golpes en la puerta de una casa en la cuadra de la iglesia de la Piedad, una de las muchas que hay en esta capital donde va cualquier conocido de ella á beber y jugar el naipe ó los dados. Debemos sin embargo decir que esta, por que estos lugares por desgracia los hay de todas clases, no daba entrada á la clase alta de la sociedad sino que por el contrario se reunian en ella cuanto vago, fasinoso y malvado hay. Julio jugaba, es cierto, pero cuando iba él á alguno de estos parages lo hacia muchas veces en busca de alguno de esos hombres viciosos y capaces de todo siempre que se les dé algun dinero en gratificacion de lo que de ellos se exige.

Y asi era, recién llegado como estaba, despues de algunos meses de ausencia, hoy volvía á casa de D. Francisco, dueño y direc-

tor de este establecimiento del crímen y su antiguo protegido.
¿Qué objeto le llevaba? Pronto lo sabremos.

A los tres golpes la puerta se abrió y dejó ver un hombre de elevada estatura y musculosas formas.

—Mi amigo Francisco, estas bueno? exclamó Julio.

—Al servicio de Vd. Sr., pase Vd. adelante; y hablando así, hizo á un lado su gigantesca figura para que Julio entrase.

Este lo hizo así, pero apenas la luz de una pieza inmediata prestò ayuda à D. Francisco para ver bien al recién venido se acercó mas à él y mirándole dijo:

—Es posible Sr., es Vd.; yo nome engaño?

—No por cierto, no te engañas, que soy el mismo Julio de antes.

—Pero como . . . baluceó asombrado? el propietario.

—Que como, ni que diablo hombre? que quiere decir esto? no me has visto nunca acaso? que significa ese pasmo con que me miras?

—Pero Sr. es que

—Qué es ello, veamos?

—Todos creíamos à Vd. ánima del otro mundo: se nos anunció su muerte y como no creerla cuando hace tanto tiempo que habia Vd. desaparecido?

—Con que se me hacia muerto; un error gravísimo por cierto.

—¿Y donde ha estado Vd. Sr.?

—Viajando hà ocho meses.

—Voy à sorprenderlos à todos que se felicitaràn al saber es incierta la noticia de su muerte, que tanto les conmovió.

—No, no Francisco, ya que tal creen, dejalos. Ahora solo un objeto me trae y es el saber si esta aquí Antonio.

—Poco tiempo antes de venir Vd. entrò él, que hacia algunas noches nos faltaba.

—Bien, vé y dile que un hombre desca hablarle.

D. Francisco se encaminó à la pieza inmediata desde la que apesar de estar cerrada la puerta llegaban à los oídos de Julio risas y soeces palabras.

El dueño de casa á quien hemos visto tratar al que le visitaba con tanto respeto, era un hombre que contaba ya cincuenta y tantos años. A la fecha era viudo y poseedor de algunos miles que debía á la generosidad de Julio, que fué quien dos años antes y cuando se hallaba con una regular fortuna, le dió un pequeño capital para que emprendiese el negocio que hoy tenia, y del que sacaba un buen producto.

Luego que Francisco fué en busca de Antonio, Julio salió por la puerta que habia quedado abierta, hasta la vereda donde permaneci6 parado esperándole.

No tardó mucho en aparecer el dueño de la casa seguido de otro hombre de mediana estatura y abultado cuerpo.

Cuando llegaron á la puerta de calle, D. Francisco señaló á su compañero con el dedo á Julio.

Entonces, Antonio bajó el umbral y miró sin decir nada al que se hallaba recostado contra un poste.

—Nada de asombro, fuera aspamentos, no quieras tú ser como el cándido de Francisco que me hacia ya en el cielo.

—Sr. D. Julio! por que no hay duda es él, su misma voz. . .

—Si, Antonio, el mismo en todo. Tengo que hablar contigo á solas sobre un asunto de importancia y espero que me sigas.

—Estoy pronto Sr.

—Adios Francisco, dijo Julio, haciendo con la mano un saludo de despedida.

—Adios Sr.

Cuando Julio y Antonio se hubieron alejado algunos pazos de la casa de D. Francisco, el primero dijo:

—Se trata de una cosa muy interesante, Antonio, y he venido en busca tuya porque te necesito y te creo muy capaz de servirme.

—Sr. al grano.

—Muy pocos dias há que he llegado de mi viage por llamado de una tia anciana que está próxima á espirar; como comprendes, si he venido ha sido en la certidumbre de sacar un ventajoso lucro, pero todo ha fallado, á tal extremo, que poseyendo mi señora tia muy cerca de quinientos mil pesos seré solo dueño de diez mil despues de su muerte, pues asi lo ha ordenado en su testamento; bien ves. Antonio, que dejar asi burladas mis esperanzas es de-

masiado duro, y advirtiéndote que la muy maldita deja toda su fortuna à un primo suyo cuasi de su misma edad con corta diferencia, y à dos parientas viatonas que emplearán en responsos y misas el dinero que les deja. Este proceder no dejaras de conocer es contra toda ley de humana naturaleza, pues se pone en posesion de personas decrépitas un capital que debiera estar en manos como las mias ò las tuyas.

Julio callò como esperando una contestación, pero Antonio en vez de hacerlo asi preguntó:

—Adelante, qué mas?

—¿No me comprendes?

—Todavia no.

—Escucha entonces, pero antes dime, ¿puedes disponer mañana de la neche?

—No, estoy comprometido.

—¿Y no podras dejar para despues lo que tienes que hacer?

—Tampoco.

—Lo siento por que en este negocio no hay que perder tiempo; pero en fin atiende.

—Se trata de un robo.

—Pero como, exclamó Antonio, haciéndose el sorprendido.

—Es el único medio de hacer nuestro el capital de mi tia.

—Me empeño yo acaso en que sea mio, contestò Antonio, frunciendo el seño y haciendo un gesto de disgusto.

La cosa es sencilla y con poco trabajo serás dueño de doscientos y tantos mil pesos.

—Si, exclamó este con alegria.

—Te lo prometo bajo mi palabra.

—¿Como ha pensado Vd. se lleve à cabo este negocio?

—Del modo siguiente:

—Solo una sirvienta y yo somos las personas que vivimos en casa de mi tia, asi es que, no hay gran dificultad por que el enemigo no es mas que uno y muger lo que hace mas fácil el triunfo. Penetras en la casa con una llave que al efecto te daré,

tomas por sorpresa à Angela la sirvienta y entonces, somos ya dueños de todo lo que hay. Como yo no podré huir contigo por que se me creería entonces el perpetrador del robo, me átas de pies y manos y me pones una mordaza, y asi se inferirá naturalmente he sido víctima de los ladrones.

—De palabra la convinacion es buena, de hecho es otra cosa. No podras negar que es una expedicion lucrativa y muy poco peligrosa, con que si quieres resuélvete.

—Está bien, estoy de acuerdo.

—Entonces nos veremos pasado mañana à las nueve en esta boca-calle para arreglar la hora à que debes ir y darte algunas instrucciones que te son necesarias para el logro de nuestro objeto.

—Conforme.

—Hasta pasado mañana à la noche.

—Si.

—A las nueve en punto.

—No faltaré, y ambos se apartaron, tomando Antonio en direccion à lo de D. Francisco y Julio hácia la casa de su pobre tia que ni soñaria en el plan que contra ella se acababa de tramar.

Julio llegó à su casa y encontró à su tia bastante aliviada, lo que le colmò de satisfaccion pues erau sus deseos que la infeliz anciana viviese cuatro ó seis dias mas para poder con Antonio consumir el crimen que tenian premeditado.

Despues de estar algunos momentos con la enferma, pasó Julio una revista general por todas las piezas, examinando con escrupulosidad, y cuidando no ser sentido, las cerraduras de las puertas que debian dar à su cómplice una fácil entrada.

Irremediabilmente mi pobre tia no se escapa, dijo despues de estar satisfecho de su registro, pero bien visto, ¿que importa que la dejemos sin un cuarto, cuando pisa ya las gradas del sepulcro. ¿Si estará Angela descontenta de mi tia? Averiguémoslo. Si lo està no será difícil catequizarla y evitar tal vez una desgracia, pues si llega à hacer resistencia Antonio, es bárbaro, y se librá de ella dándole la muerte, lo que ser tiria en el alma por que es una buena muchacha.

Refleccionando así, Julio se encaminó à donde estaba la sirvienta.

—Qué noche tan calorosa Angela.

—Si señor.

—Tendras sueño ciertamente, pues anoche no has dormido nada.

—No mucho, por que mientras estuvo hoy el primo de la señora aproveché cerca de tres horas que permaneciò aqui para descansar.

—¡Con que ha estado D. Anastacio!

—No lo sabia Vd.?

—Seguramente que no. Tres horas dices que ha permanecido acá, ya se vé, sabrá que es uno de los herederos à quien mas le deja mi tia.

Angela se sonrió.

—¿Y tú, Angela, acreedora mas que nadie por los muchos años que hace le acompañas y le sirves, sabes cual es tu prémio?

—No señor, contestó, haciendo seña à Julio para que callase por temor de que llegase à oídos de la enferma esta conversacion.

—Yo te lo diré, dijo Julio, acercando una silla al lado de la sirvienta, y hablando en voz mas baja—la recompensa de tus servicios y cuidados es una miseria que desapruero en mi tia, pues tu has sido el apoyo de su vejez.

—¡Que hacer, señor!

—¿No te indigna Angela el pago que se dà à tus cuidados y atenciones, cuando à otros sin derecho ninguno, es decir, sin méritos y sin haber hecho nada por ella poseerèn lo que à ti mas que à nadie te corresponde por el cariño que le tienes y tu buena comportacion?

—¡Que quiere Vd. señor, así es el mundo!

—No, se ha cometido contigo una injusticia que reprobaré siempre, y todo por sus parientes que son los que la han aconsejado.

Angela calló, pero se notaba en su rostro cierto disgusto producido por una noticia que ciertamente no esperaba; sin embargo su buen corazon no se revelaria nunca porque conocia

que al servir à Pastora, solo recompensaba los beneficios que desde la infancia le habia pródigoado, educándola y sirviéndole de madre.

Julio por su parte, conocia tambien que era perder el tiempo tratar de predisponer à Angela con su tia, y enmudeció para mudar de asunto, cuando un golpe dado en la puerta de calle llamó la atencion de ambos.

La criada se levantò y fué à abrir la puerta.

—El Sr. D. Julio está en casa, preguntó un hombre jóven à quien Angela no conocia.

—Si señor, contestò esta.

—Digale Vd. que un amigo desea verle.

—Muy bien señor, y ligera corrió à decir à Julio que una persona que decia ser su amigo preguntaba por él.

—Hazlo entrar.

—A su cuarto de Vd?

—Si.

Quien puede ser à esta hora, dijo para si Julio, dirijiéndose no sin curiosidad al encuentro del visitante.

—Dios te guarde, querido.

—Enrique, eres tù?

—Si amigo, no he querido aguardar à mañana para imponerte de lo que me pasa, por eso apesar de ser las diez de la noche he venido.

—Qué ocurre?

—Nadie nos oye?

—No, nadie. Es reservado lo que tienes que decirme?

—Muy importante.

Julio se levantó de su asiento y apretò la puerta.

—Que te sucede, preguntó.

—Escucha: Sali esta tarde como tengo de costumbre à dar un paseo por el bajo, y de regreso para casa, cuando subia la baranca de la Recoleta, me encontré con el hermano de Elvira, al verle pasar junto à mi me sonrei, y entouces dió vuelta el rostro y me viò, porque venia con la vista fija en la tierra y sin fijarse en nada, vióme que venia solo, que nada en mi alrededor habia que pudiera incitarme à reir é infirió como era natural que me

burlaba de él. Miróme como te he dicho y siguió su camino, pero yo no volví á sonreirme ya, sino que solté una ruidosa carcajada. Esto hirióle como debes inferir y no pudiendo reprimirse ya mas me dijo:

—De que se rie Vd. caballero?

—Es lo primero que me sucede y es por cierto muy original su pregunta. Estoy en la obligacion acaso de decir al primero que me pregunte el objeto de mi hilaridad?

—Es que Vd. me ofende.

—Es Vd. muy susceptible de enfadarse y ciertamente es sensible, pues cuantos le vean à Vd. haràn lo que yo, y vivirá Vd. siempre irritado.

—Se burla Vd. de mi y

—No lo niego, como reprimirse tampoco cuando hace Vd. una figura tan ridícula en el caballo?

Acercóse entonces mas à mi, y me dijo con tono seco: Habia hecho propósito Enrique de despreñar cuanto Vd. me hiciese como de un hombre cualquiera, pero voy á quebrantar mi resolucion, porque es de necesidad que uno de los dos desaparezca.

—Quiere Vd. batirse, le dije.

—Si señor.

—Acepto. Pensaba ud sin duda, que dejaria sin reparacion sus insultos de la última vez que nos vimos; no, si el pisarme en su cara no hubiera sido suficiente, hubiera afrentado à ud públicamente para obligarle à darme una satisfaccion.

—El dia, me pregunto exaperado.

—El que ud fije, contesté.

—Pasado mañana.

—¿A que ahora?

—Once de la noche.

—En que parage?

—Plaza de la Libertad.

—Es muy central observé, no estoy conforme pues podemos ser sentidos.

—Elija ud.

—Yo apruebo cualquiera otro siempre que sea aproposito para el caso.

—El bajo del retiro le parece á ud, bien.

—Sí,

—Ese será entonces.

—Que armas?

—La pistola si ud gusta.

—Padrinos?

—No lo creo necesario, basta con el cielo y Dios.

—Luego castigó su caballo y partió al galope.

—De modo que vas á batirte?

—Así lo crees, no es verdad?

—Sí y lo siento.

—Porque?

—Porque puedes morir.

—Eso no.

—He ahí lo que me induce á verte.

—Sino te esplicas de otro modo no te comprendo Enrique.

—Quiero que tú me salves haciendolo desaparecer en esta oportunidad.

—¿Yo?

—Sí.

—Pero de que manera?

—Con oro, Julio, que pondré en tus manos para ello.

—Debes tener en cuenta que muchas veces la plata es ineficáz para ciertas cosas.

—Ahora no estamos en ese caso.

—Estamos porque pasado mañana no puede ser.

—Qué motivo hay?

—Es precisamente cuando debo dar el golpe á mi tia.

—Tu solo?

—No.

—Con quien?

—Con Antonio.

—Pues bien, ese mismo

—Qué cosa?

—Nos librárá de Lucio.

—No lo creo posible.

—Que hora tienes fijada para llevar á efecto tu negocio?

—Despues de las doce de la noche.

—Hay tiempo entonces.

—Pero estando comprometido Antonio conmigo, es muy probable no quiera hacerse cargo de otro asunto.

—Se busca otro.

—No quisiera aventurarme.

—Ofrécele veinte y cinco mil pesos que le serán entregados por ti antes de efectuar el asesinato, y otra suma igual despues de consumado.

—No aceptará porque la cifra es pequeña.

—Prometele mas.

—Si, porque es de necesidad pagar muy bien al que emprenda esto, pues tiene que habérselas con un hombre armado.

—Eso nada influye porque será acometido traidoramente. —
Quedamos en ello, Julio?

—Haré lo que pueda.

—No trepides en nada, cuenta que cualquier cosa que quieras la tendrás.

—Entiendo Enrique, mas esto no depende de mi voluntad.

—Bien lo veo, pero sin embargo confio en que sabrás servirme.

—Haré cuanto me sea posible, y sino lo alcanzo no habrá mas sino batirse.

—Dios protege la buena causa y por consiguiente le ayudará à él, y yo seré la victima cuando amo tanto la vida. ¡Oh! esto no es posible, no Julio, estoy seguro que tu me salvarás.

El malvado se estremecia, era cobarde.

—Todo cuanto puedo hacer es hablar mañana à Antonio, y à la noche tendrás la contestacion que él me dé.

—Donde nos veremos?

—En el café del Plata.

-A qué horas?

—De ocho à nueve de la noche.

—Bien; y Enrique se despidió en el momento en que el reloj de Cabildo daba las diez y media.

A la noche siguiente Enrique segun habia convenido con su amigo, se dirigió al lugar de la cita, siendo el primero en llegar. Como debia esperarlo tomó asiento cerca de una mesa, y pidió le sirviesen una botella de cerveza que bebió muy despacio, sin que en ese intervalo, Julio apareciese.

Encendió un cigarro habano y no pudiendo reprimir su impaciencia, pagó el gasto que habia hecho y fué á pararse à la puerta del café à esperar à su amigo.

De la impaciencia no tardó mucho en pasar al cuidado y disgusto pues dieron las nueve, y la persona á quien esperaba no parecia.

Escasa era la concurrencia que habia aquella noche en el café del Plata, lo que en cierto modo no desagradaba à Enrique pues podrian conversar con entera libertad.

—Cansado de estar en la puerta volvio adentro otra vez y se parò á poca distancia de la mesa de billar à veer jugar à la carambola à dos jóvenes.

—Eres muy debil para competir con migo, decia el mas alto de ellos à su adversario que no podia tener mas de diez y ocho años.

—Ciertamente, contestó el joven con tono irónico, mira esta carambola con efecto contrario por la banda.

—Bravo Dalmiro, bravo, al fin haces una cosa buena desde que estamos jugando.

Este aplauso no hay duda era sincero, pues el individuo à quien iba dirijido acaba de hacer una carambola bastante dificil.

—Rivalisando estamos? no es verdad Dalmiro?

—Sí tu lo crees así!

—Fija tu atencion entonces y aprende viendome, porque voy à hacer una muy interesante.

—De que modo?

—De reculie.

—Ja! ja! ja! y el nombrado Dalmiro soltó una carcajada.

—Atiende que no te pesará, y el que así hablaba untaba tiza en la suela de su taco.

—Vas à dar pis.

—Si, ric, que el resultado lo dirà.

Y no han de incitarme à reir, Clodomiro, tus pretensiones? Quieres hacer una cosa superior à tus fuerzas. Dejate de picar, querido, te lo aconsejo porque indudablemente daras pifia.

—A pesar de tu vaticinio persisto.

—Eres mi amigo y no quisiera verte hacer un papel ridículo.

Así hablaban los jugadores y Enrique se entretenia en oir-los cuando sintió que una mano le tocaba en el hombro. Dió vuelta el rostro y se encontró con Julio à quien dijo:

—Al fin has llegado, que estaba ya impaciente de tanto esperar.

—Salgamos, dijo Julio.

—Hablabamos aqui sentados.

—No, ven que mejor estaremos en la calle; y saliendo de alli atravesaron la Plaza de la Victoria, llegaron à la del 25 de Mayo y bajaron por el fuerte al bajo, donde se respiraba la brisa fresca y pura del Plata. Tomaron asiento en un escaño de la Alameda y allí Enrique habló de esta manera.

—Halagüeña ó triste es la noticia que vas à darme de mi asunto?

· Ella es dulce y amarga.

—No comprendo tus palabras, Julio.

—Voy à explicarme, es dulce para ti y amarga para mi.

—Ahora entiendo menos que nunca lo confieso.

—Tu te salvaràs, mientras que yo

—Tù, que!

—Yo muero.

—Quieres suicidarte?

—Nada de eso porque lo prohíbe la religion.

—Pues entonces, con mil de caballo ¿qué es?

—Que la rabia puede matarme.

—Porqué?

—Por vida de Chapino, aun no comprendes?

—Ni jota.

—Oyeme entonces: Antonio se negaba à acometer tu empresa y hubieras irremediabilmente tenido que batiarte à no ser la

muerte de mi tía que todo lo ha cambiado; hé ahí por que antes te dije que la noticia era para uno halagueña y para el otro triste. No pudiendo yo hacer ya nada de lo que tenía premeditado, Antonio ha aceptado la propuesta que tu me encargaste le hiciese.

—Es decir que el fallecimiento de Da. Pastora, á quien Dios tenga en su gloria, ha venido á ser para mí la realidad de aquel refran que dice, unos mueren para que otros vivan?

—No hay duda alguna.

—En esta ocasion la suerte ha estado de mi parte; pero, no sientas, Julio, tu pérdida, que yo la repararé.

—Le has impuesto á Antonio del parage y la hora á que debe ir Lúcio al desafio?

—Si por cierto.

—¿Tienes suficiente confianza en él? por que al fin tu eres el comprometido.

—Si que la tengo, pero apesar de eso pienso librar-me de esa complicidad.

—¿De qué manera, Julio?

—Haciendo que este crimen quede entre tú y yo solamente.

—Luego vas á cometer por tus manos un

—Nuestra propia seguridad lo requiere y lo haré.

—Tienes razon, de este modo quedará esto sepultado en las tinieblas.

—Y nos veremos, Enrique, libres tambien de un hombre que posee el secreto de nuestro crimen, y que viviendo puede un dia ò otro descubrirnos.

—Dices bien, Antonio nos es perjudicial.

—Necesito, Enrique, la suma que se le ha prometido para dársela; bien poco te aseguro durará en su poder si comete la imprudencia de llevarla, si asi sucede siempre será un ahorro para tu bolsillo y un lucro mas para el mio.

—Toma, dijo este poniendo en manos de Julio un rollo bastante abultado de papeles que acababa de sacar.

—Es decir que todo está arreglado?

—Todo, Enrique.

—Tú acompañarás á Antonio mañana á la noche.

—No lo sé aun, pero en caso de que fuese solo yo tendré cuidado sin que él lo sepa de no perderlo de vista, ademas de que creo ha de aceptar mi compañía.

—Cuando sabré el desenlace de este asunto?

—A las diez de la mañana del siguiente dia.

—Si por alguna circunstancia inesperada este golpe llega à frustrarse.

—Entonces ten por cierto que inmediatamente tendras conocimiento de ello.

—Quieres que nos retiremos, Julio?

—Sí.

—No vienes conmigo, preguntò Enrique à su amigo, viendo que tomaba en opuesta direccion à la suya.

—Me es imposible, esta noche se vela el cadàver de mi tia y es de necesidad que esté allí.

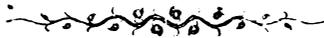
—Cuando nos volveremos à ver?

—Mañana.

—En donde?

—En casa de la finada, vé allí y acompañaremos sus restos à la última morada que deben ser conducidos à las cuatro y media de la tarde.

—No faltaré; y cada uno siguió en opuesto rumbo su camino.





CAPITULO VIII.

La muerte del inocente y el asesino.



LRAN muy cerca de las diez de la noche cuando Lúcio en su cuarto cerraba y lacraba varias cartas.

Elvira se hallaba en lo de su amiga Mercedes Masat desde la víspera que la habia llevado Lúcio creyendo se encontraría allí mejor que en su casa, donde si por su parte este desafío tenia un desenlace funesto para él se vería ella sola sin mas refugio ni consuelo que los criados.

Lucio, tenia en su rostro esta noche, no la espresion de melancolia habitual en sus facciones, sino por el contrario, la alegre y placentera fisonomia del que se siente feliz y tranquilo.

Sus ojos brillaban como pocas veces, y su frente antes mas bien abatida y sombría por el pesar, estaba hoy erguida y despejada. La idea de morir le halagaba, acariciábala y se sentía feliz.

¿Por qué?

Porque no habia nada risueño para él, ni una esperanza de futura dicha en su existencia, porque su corazon hecho pedazos, sus tiernas afecciones deshojadas, y el contínuo martirio de un alma que jamàs ha llevado á sus labios la copa dulcísima de la felicidad, creía encontrar en el no ser la tranquilidad de una vida borrascosa, cuyo camino habia estado sembrado de espinas para este infeliz viagero.

¿Y cuantas veces no es un don precioso el morir?

Quando como Lucio, no tenemos en nuestro corazon sino dolor y amargura, llanto y luto que acibàra nuestra vida, cuando nuestra alma solo tiene expansion para los sentimientos dolorosos, cuando un deseo inesplicable, puro, lleno de sentimiento y emociones, que no hacen sino marchitarse porque la muger á quien han sido confiadas no ha sabido comprenderlas, y las ha ahogado en vez de darles vida, cuando dotados de un alma sensible, amorosa y tierna, que sin querer no vive, porque la pasion la nutre y hace brotar de su seno ese fuego lánguido y dulce en que permanece envuelta pero anonadada de felicidad, cuando en nuestra mente no hay un solo recuerdo venturoso sino sufrimiento y lágrimas, cuando el infortunio que nos persigue es tanto, que no contamos haber existido un dia con el corazon embriagado de gozo, y respirando dicha nuestro ser, cuando nuestras ilusiones, ese Eden tiernísimo de ventura que se forja nuestra imaginacion, que nos conmueve con las primeras sensaciones del amor, que nos abraza, nos consume, y tras el cual vemos el cielo purísimo, suave y embriagante de la felicidad, cuando todo esto ha huido ya de nuestra imaginacion, y comprendemos que solo ha sido un delirio, un sueño que no puede realizarse, un bien tras el cual hemos corrido para hallar tan solo desencanto y dolor:—¿Entonces qué importa el morir?

Lucio que habia sentido esto, que su vida era solo una perpétua muerte, la amaba tanto como el reo que anhelante espera la revocacion de su sentencia.

—Las diez menos cinco, esclamó mirando el reloj: ya es tiempo de marchar; vamos, que un presentimiento que creo verdadero, me anuncia que esta noche será la última de mi vida.

¡Oh! gracias Dios mio

Pobre hermana mia, tu eres la única por quien siento dejar de existir.

A este recuerdo el semblante de Lucio se anublò, pues la idea de que su adorada Elvira muerto él quedaria huerfana del todo en el mundo hirì su pensamiento.

Abriò un cajon de su escritorio, sacò de él un par de pistolas que despues de examinar guardò en los bolsillos de su pantalon, tomò un abultado pliego y las cartas que no ha mucho acababa de cerrar y saliò de allí para el Cementerio del Norte con el alma gozosa y melancòlica al mismo tiempo.

Cuando llegó, como era natural, la puerta de entrada estaba cerrada.

La luna no reflejaba su suave y pura luz sobre la tierra y en ese parage que son los arrabales de Buenos Aires, y à esa hora, la noche permanecia envuelta en una oscuridad profunda. Nada anunciaba allí la vida, todo era quietud y silencio; pero la quietud triste y el silencio grave, que la naturalera parece se complacia en hacer mas lùgubre aun, con el manto de las tinieblas.

Hay algo muy grande que sobrecoje el alma sumiéndola en un éxtasis de lánguida tristeza, y que aleja de nosotros todo pensamiento mundano en presencia de un espectàculo tan desconsolador. Hallarse en un cementerio à las diez de la noche, cuando todo muere, y el cielo solo deja ver una que otra estrella de luz pàlida y melancòlica, luces débiles que vagan en la inmensidad del espacio, remedando en la ténue claridad que lanzan al hilo de una existencia que se acaba, frente à frente con los que en otro tiempo fueron, es aterranté, no hay duda.

Se siente el corazon oprimido y una idea triste hiere nuestra imaginacion, é imprime en nuestro espèritu un no sé qué tierno, un santo recogimiento, que nos habla de un algo mas allà de la vida.

Lúcio habia llegado ya como hemos dicho à la puerta de entrada, y dado tres silvidos, despues de los cuales un hombre con un farol en la mano saliò de la Capilla del Cementerio y se encaminò hàcia el enrejado, diciendo:

—Eres tu, Lúcio?

—Si, Nicolas, à breme.

El desconocido obedeció, y Lúcio entró à la morada de los muertos.

—Aqui tienes, Nicolas, lo que te prometi ayer, dijo, dándole los pliegos que le hemos visto traer. Si mañana cuando vas à casa yo no he vuelto, abrirás la carta que tiene el sobre para ti, si por el contrario he regresado no la tocaràs.

—Asi lo haré.

—No olvides tu juramento!

—Cuando empeño mi palabra sé cumplirla

—Bien: dame el farol; y tomándolo de las manos de Nicolas, Lúcio, ayudado de la luz que aclaraba el camino, se internò por entre las tumbas al costado izquierdo del Cementerio hasta llegar à la que guardaba los restos de sus amados padres.

Postrado ante ella de rodillas orò largo rato, y luego volvió al lado de aquel hombre jóven como él y que permanecia parado esperándole.

—Son ya las diez y media? le preguntó Lucio.

—Aun no, sin embargo no deben de tardar ya.

El hijo de Terreno, quedó suspenso por algunos momentos tanto como lo estaba el desconocido del lector, y despues estendiendo hácia él la mano y apretàndosela con efusion exclamó:

—¡Adios!

—Nada me dices, preguntó Nicolas con voz conmovida, y apretando entre las suyas la mano del hermano de Elvira.

—Nada mas que ¡Adios! Contestò Lucio con un acento enternecido, y salió fuera de aquel lúgubre lugar, dejando triste y meditabundo à aquel hombre, que luego que lo vió desaparecer empezó à llorar.

Vamos à decir cuatro palabras acerca de este nuevo personaje. Nicolas de era hijo de una buena familia de Buenos Aires y de edad de veinte y tres años. Aislado en el mundo, solo tenia un pariente cercano, que era el capellan del cementerio entonces y en cuya compañía vivia. Nicolas se hallaba en una casa de comercio de las principales del pais en clase de dependiente. Era uno de aquellos genios taciturnos y melancólicos, siempre lejos

del bullicio y los placeres del mundo donde segun él solo se hablaban desengaños. Era instruido y consagraba sus momentos de ocio al estudio de la historia. Su fisonomia era simpática y espresiva. Poseia sobre todo un sano corazon dotado de nobles y elevados sentimientos.

La estrecha amistad que con Lucio le unia, el lector sabra mas adelante como tuvo lugar

Mientras Lucio bajando la barranca de la Recoleta se dirijia al lugar donde debia efectuarse el desafio, Julio y Antonio caminaban por la calle del Perú à paso acelerado y sin pronunciar ninguno una sola palabra.

Cuando enfrentaron al cuartel del Retiro, Julio se detuvo y exclamò: Es necesario, Antonio, que procedas con tino, de lo contrario te espones, cuida de no ser sentido y para ello será conveniente inventes un medio à fin de llevar tu victima lo mas distante posible.

—No habrá buya te aseguro, pues con el que aqui llevo, dijo, tocándose la cintura, no tendrá tiempo ni de quejarse.

—Creo acertado arrojar el cadáver al rio.

—Lo haremos.

—¿Por qué medio sabré que el acto está consumado?

—Un silvido será la señal.

—Ya es tiempo de que marches solo adelante,

—Bien, déjame, y Antonio caminando con mas lijereza dejó en breve atras á su compañero.

Cuando llegó al bajo dirigió la vista hacia Palermo, creyendo que Lucio vendria en esa direccion, mas ciertamente nada vió, porque la oscuridad era estremada. Caminemos, dijo, que seguramente no tardaré en encontrarle.

No se engañaba en su suposicion pues el hijo de Terreno, desde que salió del cementerio andaba apresuradamente porque no queria hacer aguardar á su adversario.

No habria dado Antonio setenta pasos, cuando en medio de la lobreguez de la noche percibió un bulto á alguna distancia que supuso ser el de su víctima. Detengámonos, balbuceó, la hora ha llegado.

La sombra entretanto adelantaba y no distaria ya mas de quince pasos de él.

—Ahora, dijo Antonio, sacando del cinto su puñal, y dando algunos pasos adelante.

Lucio habia distinguido por su parte el bulto de un hombre que permanecia parado, pero viendo su inmovilidad habia dudado si seria Enrique, ó solo una vision de sus ojos, mas en el momento de sacar Antonio el arma que guardaba en su cintura y al hacerlo sin la precaucion de ocultarla vió Lucio relumbrar el acero en medio de la oscuridad. Parose entonces, que era en el instante que Antonio se adelantaba.

—Caballero, dijo Lucio, rompiendo el silencio, ¿es ud?

—Enrique, si, y al contestar el asesino se lanzó de un brinco sobre su presa, y le tiró una puñalada que felizmente solo traspasó su ropa y le hizo un pequeño arañon en el lado izquierdo del pecho.

—Miserable, exclamó Lucio retrocediendo, y sacando con prontitud una de sus pistolas que descerrajó y cuya bala pasó silvando tan cerca de la cabeza de Antonio que le hizo estremecer.

Entonces fué cuando la lucha comenizó. Ambos se habian atropellado y el asesino puede decirse se hallaba desarmado pues la casualidad habia hecho que al tomarle Lucio, lo hiciera del brazo en que empuñaba el arma. En vano forcejeaba por desahucirse de la mano que tan fuertemente le retenia. Sus esfuerzos eran inútiles para librarse. Pero el bandido, era de una musculatura fornida y vigorosa, y si nada en su favor adelantaba no cedia tampoco en su resistencia.

Lucio intentó voltearle, echándole una *sancadilla*, mas este la evitó con maestria logrando escapar su prisionero brazo.

Pronto iba à verse el resultado de la lucha.

Así lo comprendió Lucio, y con su otra pistola en la mano desde el momento en que se desahucaron, esperó el instante propicio de hacer fuego.

No tardó mucho en arrojarse Antonio nuevamente sobre él.

Lucio le dejó acercarse, y cuando estuvo como à media vara de distancia levantó la mano para descerrajarle.

Era entonces tambien cuando Antonio le tiraba un achazo que hubiera ido á dar à la cabeza ó al rostro de Lucio, à no ser el brazo que levantado recibió el golpe en la muñeca.

El hijo de Terreno estaba perdido. Su mano no habia podido sostener la pistola que acababa de escapársele. Sin embargo, aun resistia, pero comenzaba la escena mas horrible de la lucha

Lucio acaba de exhalar un gemido Ha sido herido nuevamente

Antes de caer ha tomado à su asesino entre sus brazos, y con las fuerzas que dan las ansias de la muerte le ha arrastrado consigo y se ha sentido el golpe pesado de dos cuerpos que ruedan por el suelo.

Se siente un quegido doloroso, despues el ay! triste del que deja la vida remontando su alma à las regiones celestiales, y todo vuelve à quedar en silencio.

De la víctima y el asesino que acaban de caer, ninguno se levanta.

¿Habrán muerto los dos?

Julio estaba como à tres cuartos de cuadra del lugar de esta escena. Habia oido el tiro que descérrajase Lucio, y que le dejó veer à los dos combatientes con la luz pàlida y momentànea que despidió la pistola al arrojar la bala. Desde entonces no perdía de vista el lugar que ocupaban, y veía aunque no claro, el movimiento de los dos cuerpos que luchaban. Pero esto no tardó en desaparecer, y apesar de sus esfuerzos en escudriñar con la vista para distinguirles, nada vió sino el silencio y oscuridad en que todo yacia,

Permaneció pues con los ojos fijos en la direccion que antes les viera, y el oido atento esperando la señal convenida, mas los minutos se siguieron unos à otros y nada oyó que calmase su ansiedad,

—Ese tiro, exclamó! ¿Si habrá sido muerto Antonio ¡Oh! es preciso averiguarlo. Veamos. Así habló cuando el sonido de un silvido vino à herir sus oidos. No hay recelo, dijo, eso indica que todo va bien, y se dirigió al lugar de donde habia salido la señal.

Un segundo silvido: mas débil que el primero se dejó escuchar en el silencio de la noche. Por él comprendió Julio que estaba muy próximo del que lo daba. Dió algunos pasos mas y se detuvo al escuchar un ronquido sordo seguido de un lamento.

—Antonio! Antonio! llamò.

—Ven, sàlvame, contestò una voz apagada.

Julio percibió entonces dos bultos humanos que yacian en tierra y se allegò á ellos.

—¿Qué tienes? Estàs herido?

—Sì, llévame de aquí, de lo contrario estoy perdido

—No hay que aflijirse, ¿y Lucio?

—Creo que es alma de la otra vida, examínale y si aun vive concluye con él que bastante trabajo me ha dado.

Julio se acercó y tocó el cuerpo de Lucio que estaba ya frio.

—Anda pronto, dijo el asesino, mira que pierdo mucha sangre.

—¿Dónde es tu herida?

—En el pecho.

—Tendràs dentro la bala.

—No, ese maldito antes de morir me llevó consigo, y al caer me he herido yo mismo.

Quieres dejarme morir? exclamó al ver que Julio en vez de auxiliarle parecia buscar alguna cosa por el suelo.

—Si por cierto, y como buen amigo me parece de mi deber evitarte el penar. De que diablos sirves ya, voy á ultimarte de una vez, y Julio se incorporó con el puñal en la mano que acababa de hallar.

—No, por Dios, piedad!

—Nada de ruegos, encomienda tu alma y abreviemos.

—Ah! no, mira te daré cuanto dese . . . , aquí Antonio no pudo concluir la frase, y el ronquido sordo volvió à repetirse producido por la sangre que brotaba de su herida.

—Si quieres que te salve has de decirme donde guardas tu dinero.

—Si me prometes bajo jura me . . . to no hacer me nada.

—Te lo juro por mi honor.

—Pues bien, Francis . . . co sabe donde ten go escondi . . do lo que he junta do de mis ga . . nancias.

—Mientes, miserable.

—No te enga ño.

—Piensas envolverme eh! pues bien, apróntate porque en breve te mato.

—No, no, lo confesa . . ré.

—Di pronto.

—En la plaza de la Libertad, en la casa de Da. Tomasa donde vivo, allí guardo unos cien mil pesos y algunas onzas que si me de jas la vida será to do para ti.

—Y sabe esa mujer que tu posees eso.

—No.

—Donde lo escondes?

—En el corral al lado de una higue . . ra.

—No mientes?

—No.

—Di la verdad, de lo contrario, dijo pinchando el pecho de Antonio, vas à morir.

—Es la pura verdad, no lo du . . des.

—Pero tu no puedes vivir, no, es indispensable que desaparezcas; reza, reza, te lo digo por última vez.

Una furiosa imprecacion se escapò de los lãbios de Antonio: Eres un traidor, dijo.

—Me gusta verte asi mas bien, toma, y Julio acercándose à él, enterrò el puñal en el corazon de su cómplice.

Un quejido prolongado atravesò el aire, y uno mas dejaba de existir.

Despues de cerciorarse Julio que ambos eran cadáveres arrojò de sus manos el arma con que acababa de cometer un asesinato, y se retirò

Al dia siguiente, mientras Enrique y Julio festejaban con un espléndido almuerzo el buen éxito de su crimen, Nicolas lleno de ansiedad y zozobra se encaminaba à la casa de Lúcio, donde se le dijo no haber vuelto este desde la noche anterior, por lo que se tenia cuidado y se le buscaba ya.

Volvióse entonces al cementerio conforme con las instrucciones que le diera Lúcio la noche anterior, y trémulo de emoción abrió la carta, no sin que antes un presajio triste cruzara por su mente. Ella decía así:

“Querido Nicolas.—¿Recuerdas la primera vez que nos vimos? A las tinieblas de la noche habia sucedido el crepúsculo de la mañana, una fresca brisa mecía con su leve impulso las hojas de los árboles. El rocío de la noche hacia aparecer puras y fragantes las yerbas que matizaban la tierra, presentando un conjunto bello que halagaba dulcemente el espíritu del que fijaba su atención en este paisaje. Las plantas con sus perfumados y aromáticos olores embriagaban los sentidos, los pájaros hacían sentir en los oídos del espectador sus alegres y melodiosos trinos, la naturaleza se mostraba à los ojos del viviente como la incomparable obra del Creador, el alma se sentía mecida en pos de tiernas sensaciones, producidas por la sublime idealidad de los encantos que la rodeaban. El ojo humano contemplando la naturaleza en aquellos momentos en que se presenta adornada de todos sus encantos no podía prescindir de sentirse embargada de santa adoración, y reconcentraba su sincero pensamiento hasta del Ser Supremo. La naturaleza se sentía con toda su fuerza maravillosa. El astro que debía completar su belleza aparecía en el Oriente.

“¿Lo recuerdas?

“Te conocí cuando los primeros y tibios rayos del sol vinieron à amenizar mas el halagador aspecto que presentaban las bellezas de la Creación.

“Mi alma agobiada entonces por el sufrimiento, nada hallaba que la complaciera, y todo cuanto tiene de bello y poético la naturaleza en esas primeras horas de la mañana, no hacían sino acrecentar mi sufrimiento.

“Pero Dios me compadeció, é hizo para ventura mia te conociese à ti que eres el único amigo que he encontrado en mi vida, el hombre de corazón elevado y cuyos sentimientos se armonizaban con los míos.

“En esa mañana de tan grato recuerdo para mí, tuvimos nuestra primera conversación, sentados sobre la losa de un sepulcro y rodeados de veneradas cenizas, que en otro tiempo fueron

la gloria de nuestra patria. Entonces comenzó nuestra amistad. Ya por la mañana, ya à la tarde, nos veíamos diariamente y la simpatía que nos había impelido el uno al otro en un principio, se convirtió en el cariño puro y sincero de hermanos. Un mes transcurrió así, y satisfecho el uno del otro, nos abrimos mutuamente nuestros corazones. Tu me mostraste tus heridas, me enseñaste tu vida entera, y yo por mi parte te revelé también los secretos de mi existencia.

“Los dos meses que se siguieron al fallecimiento de mi padre tu amistad fué para mi el bálsamo consolador de mis dolores.

“Gracias por ello

“Me has jurado guardar secreto de lo que te comunicase, bien, pues, escúchame:

“Debo batirme. Enrique que ha intentado seducir á mi hermana es mi adversario. Este acontecimiento debe permanecer oculto, y tan solo en una circunstancia te será dado revelarlo. Si alguna vez Enrique intenta unirse con Elvira, lo que creo imposible que suceda, entonces podràs hacer saber á mi hermana quien fué el autor de mi muerte. No sucediendo esto, como lo espero, tu promesa exige llesves al sepulcro este fatal secreto.

“Elvira queda sola, hoy que mas que nunca necesita un ser que vele por ella, y pueda librarla de los peligros à que està espuesta por la fatal pasión que ha concebido por un hombre funesto, y que sin la proteccion de Dios será tal vez la ruina del último y débil vástago de una familia desdichada.

“¿Quieres constituirte tu, Nicolas, en su guardian, ser el hombre que vele por la conservacion de su existencia, y el que evite los golpes y lazos que se preparan sin duda á su inocente corazón?

“Estoy convencido de que tu bella alma no será insensible à mi pedido, y ocuparàs para con ella mi lugar en la tierra; si, te conozco demasiado bien, y sé para morir tranquilo que tu noble corazón me siente y me comprende

“Yo, como sabes, he sido demasiado infeliz, ojalà que el destino arrulle de hoy en adelante tierna y plàcidamente tu vida.

“¡Adios!

“Cuando nuevamente nos veamos que sea en las regiones puras y divinales de Dios, donde las almas justas cubiertas con el manto embriagante y dulcísimo de la felicidad, se mecen en un mundo tan bello como el azul del cielo, tan suave, poético y melancólico como los rayos de la luna, tan glorioso, tan grande y sublime cuanto que es vivificado por el aliento divino del Creador.

“¡Adios para siempre!

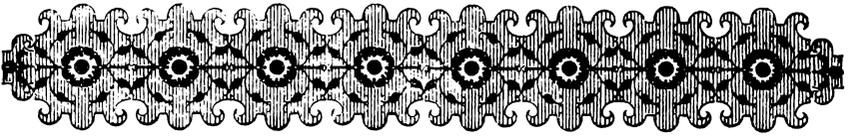
“*Láicio Terreno.*”

Cuando Nicolas concluyó de leer, abundantes lágrimas surcaban sus mejillas y en su contraído rostro se traslucía el intenso pesar de que se hallaba poseído.

—Bien, exclamó, tu voluntad para mi tan querida se cumplirá, y desde hoy me constituiré en ser el guardian de un ser bello, y à quien no se porque me une desde que la conocí un cariño santo, que no es el de un amante sino mas bien el de un padre hàcia su hija.

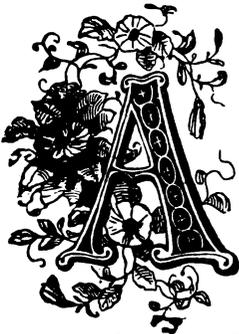
Elvira! Elvira! yo cuidaré de ti.





CAPITULO IX.

La Justicia Divina.



El día siguiente los periódicos de la Ciudad daban la noticia de haberse hallado dos cadáveres en el bajo del Retiro, sin que hubiese indicio alguno de quien ò quienes habian sido los autores de este bárbaro crimen.

Nicolas oyó contar también este suceso que era ya del dominio público, y dar los nombres de las victimas.

Como puede inferir el lector, al nombre de Antonio que le era completamente desconocido, pensó que algo misterioso habia en esto, y para cerciorarse de la realidad se encaminó á la Policia, donde fué impuesto de los verdaderos nombres de los asesinados la noche anterior.

A la vista del cadáver de Antonio, ocurriósele que el verdadero adversario de Lúcio podia haber enviado à aquel hombre para que lo asesinasen. A esta idea comprendió que no debia

guardar mas tiempo el secreto de su amigo, sino por el contrario hacer conocer à la autoridad los antecedentes que tenia en su poder para que se procediese à la averiguacion del hecho, y en su consecuencia, se presentó al Sr. Gefe de Policia, y le enseñó la carta de Lúcio, por la que se infirió que Enrique, ó alguna otra persona habia sido mandada por este para cometer aquel atroz atentado.

Estendióse, pues, una òrden para prenderle, y Nicolas acompañado de un oficial de Policia y dos vigilantes, se encaminaron à la casa de Enrique.

Este no se hallaba en ella.

El oficial y Nicolas se retiraron, quedando apostados los vigilantes, con òrden de apoderarse de él tan luego como llegase.

Asi permanecieron hasta la tarde, sin que la persona à quien esperaban regresase.

Nosotros à fuer de novelistas, y que todo lo concerniente à esta lo sabemos, abandonaremos à los agentes de justicia, y llevaremos al lector al parage donde se encuentran los autores de este crimen.

En la calle de la Esmeralda, en la casa de la finada Pastora, alli se hallaba Enrique con su amigo, preparándose à huir de la justicia, que tenian ya conocimiento perseguía à uno de ellos.

—Me embarcaré esta misma noche, Julio, porque mañana se sabrà indudablemente el parage donde me oculto.

—Nos embarcaremos, porque yo no quiero ser la infeliz victima.

—Tu no corres el peligro que yo, Julio, mis circunstancias son críticas.

—Hoy solo se te busca à ti, pero mañana cuando estés fuera del pais, se buscará tambien al amigo à quien se haya visto contigo los dias antes de este suceso, por esta razon, pues, y previendo lo que vendrà, quiero ponerme en salvo con tiempo.

—Entonces huiremos juntos.

—Si.

—No pierdas el tiempo, que es precioso, sal y haz todas las diligencias necesarias para embarcarnos.

—Corro à ello, porque à mas de esto, tengo aún que ir à

casa de la mujer donde vivia Antonio, pues no quiero perder el papel moneda y algun oro que alli tengo.

—No son estos momentos aparentes para nuevas empresas.

—¿Quieres entonces que pierda el fruto de mi trabajo?

—Quiero que salvemos nuestras vidas en peligro, que es por ahora lo que mas urge.

—Eres cobarde, Enrique.

—No, veo si, que tu avaricia será tal vez la causa porque ambos nos perdamos.

—Tu no vas à acompañarme, así es que no veo porque razon tienes temor,

—Sin embargo, pongámonos en el caso de que este asunto no dé los resultados que el primero; sobre todo, à qué esponernos en una nueva empresa, cuando de la primera nos vemos ya en peligro?

—Es cosa pronta, y la haré poco antes de ausentarnos.

—Para lo que piensas, Julio, no cuentes en nada conmigo.

—¿Te pido acaso tu cooperacion?

—Bueno, haz lo que quieras, pero deseo que ante todas cosas, allanes las dificultades que hay para que ésta misma noche podamos ausentarnos.

—Voy à poner en juego los medios que son necesarios, no temas, que antes de la noche estaré aqui con todo arreglado; diciendo así, Julio tomó su sombrero y salió

Algunas horas despues, à las siete de la noche, el asesino de Antonio salia con Enrique de su casa.

—No me acompañas? dijo el primero.

—No.

—¿Donde me aguardas?

—Ya te lo he dicho.

—Antes de media hora estoy contigo.

—Hasta luego.

—Adios, dijo Julio, encaminándose hacia la plaza de la Libertad.

Enrique habia hecho transportar esa misma tarde aquello mas necesario al buque que debia conducirlo à Montevideo.

Todo lo habia arreglado Julio. y en la costa del río, un mari-

nero à quien habia pagado algunos miles, los esperaba para embarcarlos.

Como estaba convenido, Enrique llegó al punto designado, que era el bajo por la bajada de la calle de Cuyo, donde encontró un hombre que le aguardaba.

—Aquí me tiene Vd., D. Pablo, yo soy uno de los dos à quienes debe llevar Vd. à la Banda Oriental.

—¿Y su compañero? preguntó este.

—No debe tardar, en breve estará con nosotros.

—Le aguardaremos.

—Si Vd. quiere, Pablo, embarcarme à mi y luego volver en busca de mi compañero.

—No señor, debo esperar à su compañero.

—Està bien, dijo Enrique, sacando su reloj, y aproximàndolo à la luz de un cigarro de hoja que fumaba para distinguir la hora, son las siete y veinte, aguardaremos hasta las ocho que es la hora señalada.

—¿Y si entonces no ha venido?

—No le serà ya posible hacerlo, y me conducirà Vd. à mi solamente.

—¿Hasta las ocho solamente va Vd. à aguardarlo?

—Sì, porque sabe lo urgente que me es à mi ausentarme del pais, mientras que él puede hacerlo mañana, pasado, ó cuando quiera.

—Perdone Vd. mi indiscrecion ó atrevimiento, pero tengo en este instante mas curiosidad que una muger, y voy por eso à cometer la imprudencia de preguntar à Vd., cual es la causa que le induce à alejarse de Buenos Aires con tanta precipitacion.

—Cuestiones puramente polítics, Pablo, tengo de necesidad que estar antes del 20 de este en Montevideo, voy encargado de una comision secreta cerca de ese Gobierno

El silencio reinò despues de este corto diálogo entre estos dos hombres. Los minutos se siguieron unos à otros, sin que ninguno de ellos articulase una sola palabra.

La luna aparecia en ese instante quebrando los rayos de su luz pàlida y melancòlica sobre la inmensidad del Plata, y reflejándose en la claridad de sus aguas.

El marinero entonaba algunos versos, mientras Enrique cabizbajo y pensativo con sus ojos fijos sobre las olas sosegadas de^l rio meditaba quizá el remordimiento de su crimen; le atormentaba en esos momentos, y en medio de una naturaleza poética y à la vez imponente.

Poco tiempo despues las campanas todas de la ciudad daban las ocho, sin que Julio hubiera aparecido todavia.

—El plazo se ha cumplido, Pablo, mi amigo no debe venir ya, vámonos.

—¿No cree Vd. bien esperar algunos instantes mas, señor?

—No, sé por él que llegada esta hora no debo aguardarle ni un minuto mas.

—Si eso es asi, señor!

—Si, Pablo.

Enrique temia y queria ponerse cuanto antes fuera de peligro, mucho mas ahora que se imaginaba que la tardanza de su compañero, era tal vez ocasionada por haber sido descubierto en el nuevo crimen que aquella noche intentaba cometer.

El marinero hizo señas à Enrique para que se aproximase à la lancha que no distaba muchos pasos de él.

Este entró con Pablo en ella, y poco despues aquella pequeña embarcacion surcaba las mansas aguas del Rio de la Plata, llevando al causante de la muerte de dos seres.

¡No habia llegado para él la hora de la justicia!

Enrique estaba en salvo; vamos à su cómplice.

Cuando Julio llegó à la casa de Da. Tomasa, de donde debia sustraer el papel moneda y las onzas que tanto codiciaba, y que su víctima le habia revelado guardar alli, aun no eran las ocho.

Apesar de ser muy temprano para efectuar un robo, se decidió à ello para poder huir con su amigo, y en la creencia tambien de que le seria muy fácil, desde que el único obstáculo que podia oponérsele era una muger. A mas tenia urdido ya un medio con el que se imaginaba poder hacerse dueño de lo que tanto amaba.

Llamó à la puerta, y luego de esto una muger de unos treinta y tantos años, pero bella aun, apareció en el zaguan.

Julio la habló asi:

—Es Vd. la Señora Da. Tomasa S ?

—Si, Señor.

—Vengo á ver à Vd. por un asunto de mucho interes.

Julio fué conducido entonces á una pequeña sala, en la que halló un personage enteramente desconocido para él.

—Es la primera vez que tengo el gusto de ver à Vd., exclamó tomaudo asiento en una silla que aquella muger le señalaba, y ciertamente para ser la primera nada lisongero es el objeto que me trae. Vengo para Vd. con un

—A darme tal vez la noticia de la muerte de un inquilino. que hacia muchos años vivia en mi casa? le interrumpió.

—No señora, lo ignoro; otro asunto me obliga à molestarla.

—Ah! yo no puedo explicar à Vd. lo que me pasa, es tanta la impresion que me ha causado la muerte de Antonio, que le aseguro, caballero, que no estoy para nada.

—Compadézco à Vd., Señora, y me convenzo de su dolor desde que ha tenido la desgracia de perder una persona à quien indudablemente le unirian à Vd. los dulces vínculos de la amistad.

—Oh! si, y de que modo! Ha sido asesinado.

—¿Asesinado!

—Si, señor.

—Y se ha preudido al autor de esta muerte?

—Se ignora quien pueda ser.

—Pero hay sospechas, dijo el personage que habia permanecido hasta entonces en silencio,—y sospechas fundadas.

—¿De quien? preguntó Julio con ansiedad.

—En todo el dia de hoy de uno solamente las habia, pero ahora hay de dos, sin embargo de que el primero es muy posible que se haya escapado, porque apesar de las diligencias de la justicia para encontrarlo, no se ha podido dar con él.

—¿Y quienes son?

—Enrique de persona muy decente, y Julio de

Al oir pronunciar su nombre el asesino de Antonio se estremeció.

—Y de ninguno de ellos se sabe el paradero?

—Ciertamente no, pero hay probabilidades de hallar á ese Julio.

Se siguiò un momento de silencio, en el que aquellos dos hombres que se veian por la primera vez, se examinaban el uno al otro.

Las ùltimas palabras del desconocido habian turbado al asesino, y tenia miedo.

Una pregunta cualquiera en aquel instante, podia ser muy bien la causa de su perdicion.

—Cuando Vd. guste, dijo Tomasa haciéndola, puede hablar sobre el motivo de su venida.

—Yo señora? otra vez, contestò elinterpelado dejando conocer en sus facciones una inquietud muy marcada.

—Como me ha dicho Vd. que es una cosa muy importante!

—Si.

Los ojos del desconocido estaban fijos en Julio.

Este comprendiò que su turbacion habia sido notada, y tratò de reponerse diciendo:

—Pero està Vd. con visitas.

—Necesita Vd. hablarme à solas.

—Si, señora.

—Entonces si el señor nos permite pasaremos á la pieza inmediata.

—Por mi està Vdes. en entera libertad, dijo eldesconocido, sin apartar su vista de la del asesino, que estaba confundido y se estremecia de terror à la mirada de aquel hombre, que parecia querer penetrar hasta el fondo de su alma.

—Es incomodar à Vd.; yo puedo volver, el asunto es de importancia, y nuestra conferencia no puede ser breve.

—Cuando volverá Vd? preguntó Tomasa.

—Mañana à la hora que Vd. me indique.

—La una del dia, ó las cuatro de la tarde.

—A la una vendré à ver à Vd.

—¿Su nombre de Vd.?

—Mi nombre, mi nombre! repitió.

—Si, si Vd. tiene la bondad de decírmelo.

—Me llamo . . . Ricardo, dijo todo aturdido Julio.

—No ha satisfecho Vd. con eso al pedido de la señora, debe decir tambien su apellido, exclamó el misterioso personage levantándose.

—¡Mi apellido!

—Si, pero, ¿por qué tiembla Vd.?

—Yo, no

—Ah! miserable, ya comprendo, dijo el desconocido, dándose una palmada en la frente,—tù eres el matador de Lúcio y Antonio.

—El señor! que dice Vd.? exclamó Tomasa.

—Si, si, este es, no vé Vd. su turbacion. Eres Julio, no es cierto? dijo tomando por los brazos al criminal, que se habia quedado pálido y sin articular una sola palabra.

—Será posible, Dios mio! ¿Y que objeto le traeria à mi casa?

—Ya lo sabremos, señora. La Justicia Divina ha puesto en nuestro poder al malvado que ha sido la causa de que perudiese y un amigo à quien tanto amaba, y la desgracia de una desdichada jóven aislada hoy en al mundo, sin que uno solo de los de su familia pueda consolarla en su amargo dolor.

Julio hizo un último esfuerzo viéndose perdido. y trató de huir, lo que consiguió; pero no tardó en ser tomado en la calle à las voces de ¡atajen! dadas por nuestro personage que corria tras él, y que no era otro que Nicolas, à quien el deseo de adquirir algunos datos sobre aquel crimen, le habia llevado á la casa de la muger donde vivió Antonio.

Despues de atarle fué conducido a la cárcel y puesto en un calabozo, incomunicado y con una barra de grillos.

En la primera vez que se le tomaron declaraciones hizo la confesion de todo

Despues de algun tiempo la causa estaba concluida, y la justicia de la tierra llenaba uno de sus mas sagrados deberes, castigando los crímenes de aquel hombre con la muerte, y librando asi à la sociedad de uno de sus òrganos corrompidos.





CAPITULO X.

El herido.



AS de diez meses han transcurrido después de los acontecimientos que acabamos de referir y nos hallamos en el año de 1853.

Un ejército de quince mil hombres capitaneados por el caudillo Lagos sitia nuestra plaza.

La heroica juventud de Buenos Aires, esa valiente Guardia Nacional derrama su sangre en las trincheras en defensa de la libertad é instituciones de su patria que los partidarios de la tiranía, esos verdugos de este pueblo, quieren pisotear nuevamente. En estos momentos se sostiene una lucha, la de los hombres del partido de la libertad en el Rio de la Plata contra los caudillos que quieren imponernos el sistema de sangre y espoliacion que por mas de cuatro lustros pesó sobre la cabeza de la desdichada y martir pero valiente Buenos Aires

Es una tarde del mes de Febrero y último dia de Carnaval. El

entusiasmo por este juego reina de un modo extraordinario entre nosotros.

Sin embargo de las innumerables calamidades que afligen á la poblacion, todas las calles véense cubiertas de gente de todas edades que á pié y á caballo cruzan en todas direcciones.

Las azoteas todas están ocupadas por Señoras y Señoritas que arrojan ramos y coronas de flores á los jugadores en cambio de los huevos, confites y otros proyectiles con que estos les regalan.

Nosotros nos detendremos en la calle de las Artes, de la Plaza Nueva dos cuabras y media para Barracas.

En una de las azoteas de esta cuadra puede distinguirse facilmente un grupo de jóvenes, el mas digno ciertamente para el lector de llamar su atencion.

De las tres personas que allí se hallan, una hay que permanece indiferente al juego, contentándose con dirigir sus ávidas miradas hácia todas partes, cual si esperase veer llegar de un momento á otro á alguien.

La espresion de su terso y blanco rostro es melancòlica, y vaga en sus hermosos ojos negros la inquietud.

Mientras esta permanece callada, las otras dos cambian alegres palabras con los transeuntes, dejando caer al mismo tiempo sobre ellos agua y flores.

Varios Guardias Nacionales cruzan al galope por allí y en seguida de estos un jóven oficial, cuyo caballo viene á escape, se detiene al llegar á la azotea que hemos designado.

Las facciones de la jóven que hemos visto poco antes distraida y sin participar del bullicio y alegria de sus compañeras, se animan á la presencia de aquel jóven. Fíjanse sus ojos en él y esclama:

—No esperábamos á vd. esta tarde.

— ¿Y por qué?

—Porque vd. dijo que estaba hoy de guardia.

—Es cierto, y ahora dejo abandonado el Canton.

—Con malos servidores cuenta entonces la patria.

—Tengo la confianza de que no ha de suceder nada.

—Y si el enemigo ataca por allí en este momento.

—Serà recibido à balazos,

—Pero vd. comprenderá que no es nada propio que el jefe interino del Canton no se encuentre allí en el instante del peligro.

—En ese caso, nadie sino vdes. serian las culpables.

—Nosotras! y por qué?

—Porque han sido vdes. la tentacion porque haya dejado solos á mis compañeros de armas.

—Nosotras no hemos llamado à vd., caballero; si vd. ha dejado à sus amigos de causa confiéselo, es porque no ha podido reprimirse de tener el gusto de jugar al Carnaval.

—Es natural que no quieran ser vdes. la causa de la falta que he cometido, sin embargo, yo aseguro que no he tenido otra tentacion que la que he manifestado antes.

—Le concedo à vd. que lo que dice sea verdad, ¿es acaso tampoco esa una razon para faltar á su deber? dijo la jòven sonriendo.

—No es razon ciertamente, pero yo creia à vd. mas indulgente y confiaba en que no hallaria tan malo el paso que he dado, me engañaba, pues veo que es vd. muy rígida en lo que concierne à las obligaciones del militar.

Este diálogo fué interrumpido por un toque de alarma.

—Su suposicion se ha convertido en realidad, ¿no oye vd. las cajas?

—Sí.

—Es una llamada general, y mi deber me obliga à separarme de vdes.

El jòven se disponia á partir, cuando la voz dulce de una de ellas, le detuvo diciendo:

—Acepte vd. esta corona, que estará bien en las sienes de un valiente.

El oficial la recibió en sus manos. hizo un cortes saludo. y luego castigando su caballo se alejó.

Al bullicio y alegria que reinaba se sucedió la agitacion y ansiedad.

Si se veia atravesar ahora las calles con precipitacion, no

era ya ciertamente por el entusiasmo del juego, sino para acudir cada uno al puesto donde el peligro le llamaba.

El enemigo habia atacado por toda la línea, y á la quietud de algunos momentos de pelea, reemplazaron los disparos del cañon y las descargas de la fusileria.

Un cuarto de hora despues las calles estaban desiertas.

El Sol empezaba à ocultarse, regalando á la heróica y desgraciada Buenos Aires los últimos y lánguidos rayos de su pálida luz.

De cuando en cuando veíase cruzar las calles una camilla llevada por dos ó mas hombres y en la que era conducido algun herido al Hospital de sangre.

El combate mas reñido tenia lugar por el centro, y es que esa tarde se halló en la Plaza de Lorea pudo muy bien ver los innumerables heridos que hubo entre los defensores de la libertad.

Entre los conducidos al Hospital, habia ido tambien nuestro jóven ofioial. Su herida era de mucho peligro, pues una bala habia atravesado su pecho. Fué reconocido inmediatamente por los médicos, que despues de un prolijo exàmen, dijeron no poder responder de su vida

Esa misma noche, las dos jóvenes de la calle de las Artes velaban al lado de su cama, prodigándole cuantos cuidados y auxilios eran necesarios

Algunos dias despues el paciente estaba fuera de peligro contra las esperanzas de todos, y apesar de la gravedad de su herida, debido esto sin duda à la providencia que velaba por él.

Se le habia dado una pieza separada en el hospital.

Al llevar alli ahora al lector debemos decir que una muger està no muy distante de su lecho.

—No nos has dado mal susto, decia esta.

—Hubieras sentido mi muerte, preguntò sonriendo el enfermo.

—No mucho, contestó secamente la jóven.

—Tan poco te intereso.

—Muy poco por cierto. ¡Oh! que ingratos son los hombres!

—Algunos, dices bien.

—Y tu entre ellos.

—Porque me incluyes en ese número?

—Porque eres acreedor à ello.

—Te han herido acaso mis palabras?

—Si.

—Que quieres que haga para disculparme.

—Nada.

—Me perdonas, mi bien.

—Si.

—Ven y siéntate.

La jóven lo hizo en una silla que habia al lado de la cama.

El enfermo tomó una de las manos de aquella muger, la llevó à sus labios é imprimió en ella un ardoroso beso. Luego haciendo un esfuerzo é incorporándose dijo:

—Crees que dentro de un mes estaré bueno?

—Es desear demasiado, tu convalecencia debe ser mas larga.

—Eso estaria bien cuando me hallase solo, pero cuando se tiene à nuestro lado la muger à quien ha consagrado una toda su existencia, à quien ha dado el afecto tiernísimo de su corazon y en quien ha cifrado la ventura venidera de su vida; cuando una mirada suya hace brotar sensaciones dulcísimas en nuestra alma que nos arrojan de felicidad, cuando prodiga afable y cariñosa sus amorosos cuidados, cuando su afecto es el perfume embriagante que arrulla dulcemente nuestro ser dando vida y lozanía à las ilusiones que ella misma ha hecho nacer en el seno de nuestro corazon y las que alimenta y embellece con su cariño; cuando nuestra alma se encuentra ligada à otra y ambas viven de una misma vida, cuando las emociones del placer como las impresiones de dolor las conmueven igualmente porque hermanadas la felicidad como la amargura es compartible entre ellas, entonces basta para curarse tener à esa muger cerca de uno; poder estrechar sus manos, contemplarla y embriagado beber en sus tiernísimas miradas el fuego de su pasión que nos dà amor y felicidad.

—Ah! pues si eso es suficiente, si eres que mi cariño pueda sanarte te amaré mas aun; pero no, eso es ya imposible.

—¿Acaso hay una sola fibra por recóndita y oculta que se halle dentro de mi alma que no se haya conmovido, que no se haya despertado y regaládote yo en ella una emocion un sentimiento, una flor mas desprendida del oculto jardin de las ilusiones de mi vida?

No, no puedo adorarte mas, tu bien comprendes que esto es ya imposible.

¿Que mas puedo darte que mi corazon y mi vida? ¿Que mas que este amor indefinible, sauto en cuyo fuego me siento

abrasar y el que absorve la existencia toda de una muger que ha cifrado su ventura en este afecto y que no tiene otro sueño, otra ilusion que el porvenir riente de una felicidad cuyo mayor encanto será el hombre à quien ha consagrado toda una vida de ternura.

—Nada guardo ya en el alma, nada tengo tampoco, porque tu has robado à mi corazon sus latidos, y à mi pensamiento las ideas, desde que ningun otro puede caber en mi mente sino es el tuyo.

Te amo mucho, si, y el Cielo me ha hecho feliz una vez al menos en la vida.

Concluidas estas palabras, la puerta se abrió dejando ver en el dintel de ella una sirvienta.

—Vienes à buscarme? preguntó la jòven.

—Sí, Señorita.

Entonces aquella mujer hermosa y amante se levantó de la silla que ocupaba, diciendo:

—Hasta luego, Señor enfermo.

—¿Me dejas ya?

—Sí, pero volveré à la tarde, exclamó fijando sus bellos ojos sobre el herido con una de aquellas miradas cuya espresion dice mas que lo que puede espresar la voz humana, con esa mirada en que el alma parece reconcentra todo su afecto y cuyas chispas penetran y hieren dulcemente el corazon del hombre que sabe comprenderla.

—Hasta luego, entonces.

—Adios, y la jòven despues de estrechar en la suya la mano del enfermo, se retiró,

Quizá nuestros lectores no habrán conocido à alguno de nuestros personajes, pero nosotros vamos à decírselo.

El herido era Nicolas, uno de los primeros que empuñó el fusil y corrió à combatir la rebelion del 1.º de Diciembre.

Simple soldado en un principio, fué elevado à poco al grado de oficial, por su indisputable valor, hallándose hoy por enfermedad del Comandante de su Canton, ocupando este puesto.

La mujer que hemos visto cerca de su lecho era Elvira, que desde el asesinato de su hermano vivia en la casa de la Señora de Masal, única madre y amparo que tenia y á la que debia los cuidados y cariños mas sollicitos que su buen corazon le habia prodigado en las circunstancias mas crlticas de su vida.

En el tiempo cuasi de un año que ha corrido desde los últimos sucesos de nuestra narracion, Nicolas ha sido el que mas frecuentemente ha visitado la casa del Sr. Masal.

Despues de la muerte de Lucio, Nicolas fué habilitado, poniendo en sociedad una casa de comercio. La fortuna le protegió de una manera muy decidida en sus negocios y su suerte habia cambiado completamente. pasando de simple dependiente á

ocupar un puesto entre los comerciantes del pais.

En mas de diez meses transcurridos no ha pasado seis dias sin ver à Elvira.

El ser esta la hermana de un amigo à quien tanto quiso, y tan desgraciada, le ha impresionado vivamente.

El trato continuo con aquella jóven, cuyo corazon hasta entonces solo habia probado los sinsabores de la vida, aquella santa resignacion, sus sentimientos castos y tiernos como su alma marchita hasta entonces y lacerada por el dolor, todo esto depertó en Nicolas un sentimiento estraño para él. La vista de aquella mujer, su trato, se habia hecho para el una de las necesidades de su existencia.

Era que amaba ya.

Sin embargo, no se atrevia á revelar aquel afecto que dia á dia se arraigaba mas en su seno.

Amaba, pero con el cariño que las almas como la suya sienten en la vida, con ese amor tiernísimo y profundo en que dà el corazon sus perfumadas ilusiones, la imaginacion sus ensueños, y el alma el tesoro de las emociones que encierra.

Elvira, esa jóven tan perseguida por el infortunio, esa niña inocente, ese ser angelical que el mundo ha premiado con la aureola del sufrimiento, deshojando las flores de un corazon abierto recién à la vida, ella tambien ha sentido en su interior una voz secreta que le presagiaba tras de la tempestad la calma.

En la intimidad que tiene con Nicolas ha podido comprenderle, y apreciar sus relevantes cualidades, la belleza de sus sentimientos.

Aquella melancolia de una alma amorosa, y que solo ha probado el desencanto de la vida va desapareciendo; se siente renacer, la esperanza se ha cernido en torno de ella, y divisa en lontananza el porvenir riente con que el cielo va à premiar sus primeros años de amargura. Ella ama tambien Ambos se han comprendido.

La convalescencia de Nicolas ha durado tres meses largos, y en ellos el àngel que ha calmado sus sufrimientos, el que ha difundido el encanto en su existencia con sus cuidados y teruura, ha sido Elvira, esa jóven que ama hoy nuevamente con un afecto verdadero y dulcisimo.



EPILOGO.

Son las once de la noche del 21 de Julio de 1853 y en la cuadra de la casa de la Sra. de Masal se encuentran apostados de ocho à diez carruages.

Desde la calle puede escucharse las dulces notas de una orquesta que en aquel instante toca una entusiasta polka.

Entremos.

Por los salones brillantemente iluminados cruzan en todas direcciones un gran número de parejas mecidas al tierno arrullo de la música.

En todos los semblantes está pintado el placer.

La sala de baile se asemeja à un encantado Eden, donde la suavidad de los perfumes, la variedad de trajes, el aire embalsamado que se aspira y la belleza de tanto rostro en los que la agitación de la danza imprime un tinte sonrosado; todo esto invita à gozar en esta reunion donde reina la animacion y la hermosura, las horas se deslizan ràpidas como nuestros primeros sueños de felicidad.

Elvira se halla allí radiante de belleza y sin que en su rostro se perciba ya la mas leve sombra de pesar.

Ha llegado para ella el porvenir dulcísimo y y risueño que tanto anhelaba.

Esta noche ha unido su vida à la de Nicolas por el santo vínculo del matrimonio.

Todo sonrie hoy à su alrededor.

Es feliz.

Ojalà que la mano despiadada del destino no enturbie el cristal de su felicidad sembrando nuevamente la amargura en la carrera de su vida

Y Enrique? preguntarà el lector.

A lo que diré, que yo autor de este pobre trabajo de mi inteligencia, pienso escribir otro en continuacion, y en el que habrà ocasion de veer figurar à los personajes que hoy dejo.



FÉ DE ERRATAS.

En la pàj. 33 última línea donde dice diálogo, léase diálogo.

Páj. 35 línea 4. ∞ donde dice esplicamelo, léase esplicármelo. En la 35, línea 8 donde dice podria, léase podia.

Páj. 39 línea 28 donde dice noblezn, léase nobleza.

Páj. 45 línea 12 donde dice contempiando, léase contemplando.

Páj. 49 línea 15 donde dice imajinas, léase imajines.

Páj. 53 línea 4 donde dice descnanto, léase desencanto.

Páj. 60 línea 15 donde dice as, léase las.

Páj. 65 última línea donde dice da, léase daré.

Páj. 65 línea 14 donde dice neche, léase noche.

Páj. 73 línea 33 donde dice Chapino, léase Chapiro,

Páj. 78 línea 17 donde dice naturalera, léase naturaleza.

Páj. 81 línea 23 donde dice vrno, léase vano.

Páj. 82 línea 32 donde dice anriedad, léase ansiedad.

Páj. 92 línea 25 donde dice vamos, léase veamos.

Páj. 95 línea 12 donde dice ciero, léase cierto.

